

JULIO CÉSAR CERLETTI
DE SABIOS, NOVIOS,
ÁNGELES, COMUNISTAS
Y OTROS SERES
MITOLÓGICOS



Señales de Humo

DE SABIOS, NOVIOS, ÁNGELES,
COMUNISTAS Y OTROS
SERES MITOLÓGICOS

JULIO CÉSAR CERLETTI

Señales de Humo

*De sabios, novios, ángeles,
comunistas y otros seres mitológicos*

Primera edición enero 2010

© *Julio César Cerletti*

Diseño de cubierta: *Julio César Cerletti*

Señales de Humo

<http://julioacerletti.blogspot.com/>

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de este libro, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización.

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Calorías.....	15
Hipervínculo.....	19
De sabios, novios, ángeles, comunistas y otros seres mitológicos.....	29
Monigotes.....	41
Deseo en falso.....	47
El pueblo maldito.....	49
Adaptatio inconclusis.....	51
La chaqueta estaba muy cara.....	61
Belleza.....	67
Intelectual.....	71
“r”.....	85
Convicción.....	89
Crónica desordenada de uno de a caballo.....	91

A mis padres y hermanos

PRÓLOGO

Para mí es un honor escribir estas líneas. Prologar un libro de mi gran amigo Carlos Salvador Menotta es, desde todo punto de vista, un deber y un placer.

Cuando nos conocimos allí, en la primavera de 1974, supe inmediatamente que estaba ante un joven talento de la literatura. Yo trabajaba entonces en la revista *Critikón*, y Menotta se acercó para enseñarme algunas muestras de su creatividad. Poemas, cuentos y algún fragmento de novela. Debo reconocer que sus textos me parecieron uno peor que el otro, pero intuí que ese muchacho, de largas barbas y pelo rebelde, tenía un gran futuro por delante: sólo bastaba con depurar su estilo, hacerlo abordar temas interesantes, fijar un buen *corpus* de fuentes e influencias, y realizar una adecuada operación de *marketing*. Menotta se convertiría, entonces, en uno de los baluartes de la literatura contemporánea.

Aconsejé a Menotta que se dedicara a otra cosa (que probara con otra dimensión de la narrativa). Así fue cómo decidió volcarse de lleno a los microcuentos, aquel género de relatos brevísimos cuyo máximo exponente es el desaparecido Augusto Monterroso. Menotta comenzó a colaborar en las páginas finales del periódico *La Gaceta de La Ribera*, en las que llegó a publicar un total de veintitrés escritos durante junio y julio de 1978. Sin embargo, recibió injustas acusaciones de plagio por sus relatos breves. Alguien osó afirmar que su cuento "*El Tiranosaurus Rex*" era una réplica de "*El Dinosaurio*" de Monterroso. El cuento decía así:

"Cuando despertó, el Tiranosaurus Rex aún estaba allí".

Sin duda, una maliciosa interpretación del relato puede concluir que se trata de un caso de plagio. No obstante, el inconveniente más grave que sufrió Menotta ocurrió cuando escribió el cuento "Autobiografía", que transcribo a continuación:

"AUTOBIOGRAFÍA

Yo."

El relato era exactamente idéntico al que escribiera varios años antes Áloe Azid (Honduras, 1898-1929). La familia de Azid interpuso una demanda legal contra Menotta. De nada bastó que nuestro autor rechazara los cargos alegando que se hallaba en la misma situación que el personaje de Borges, "Pierre Menard, autor del Quijote". En el cuento borgeano, Menard es un francés que quiere escribir el Quijote pero no plagiarlo: Menard quiere llegar a él pero a partir de sus propias experiencias. Dice Borges:

Es una revelación cotejar el Don Quijote de Menard con el de Cervantes. Éste, por ejemplo, escribió (Don Quijote, primera parte, capítulo IX):

... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

Redactada en el siglo XVII, redactada por el 'ingenio lego' Cervantes, esa enumeración es un mero elogio retórico de la historia. Menard, en cambio, escribe:

... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

La historia, madre de la verdad; la idea es asombrosa. Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación de la realidad, sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales –ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir– son descaradamente pragmáticas.

Ningún Tribunal hizo caso a los contundentes argumentos de Menotta. Por suerte, la indemnización fue proporcional a la extensión del relato.

De modo que, desahuciado por la triste experiencia de los microcuentos, mi gran amigo Carlos Salvador se embarcó en un nuevo género de la narrativa, que dio en llamar el “macrocuento”. Su primer relato en esta modalidad se tituló *“Detalles de una travesía por el Amazonas, desde la desembocadura hasta el muelle perdido en el centésimo vigésimo primer meandro del trigésimo segundo afluente, desde las cuatro y cuarto de la tarde hasta las cinco menos veinte”* (1986). Se trataba de una pormenorizada relación de acontecimientos y paisajes, con densas descripciones del clima, de los dos personajes, de los animales y plantas, de las ondas en el agua, del cielo, del avance del tiempo... Por ejemplo, escribe Menotta:

“... A las 16.34 con 15 segundos, un mosquito perteneciente probablemente a la especie Aedes Aegypti, conocida por ser portadora de la enfermedad del dengue, con el abdomen rayado de color blanco y negro, seis extremidades largas y oscuras, provistas de alguna suerte de sustancia adhesiva y/o ventosas que le permiten mantenerse adherido a la superficie aún cabeza abajo, y pico de hemófago extrañamente desarrollado, se posó sobre el brazo izquierdo de Ronaldo Milton Sousa Mourinho Ramires Da Silva, a 4,32 cm del codo, a un palmo de la muñeca, entre el lunar grande y el pequeño, a un lado de uno de los profusos vellos que poblaban tanto ése brazo como el derecho. El mosquito estuvo adherido a la superficie de la piel un intervalo de tiempo que oscila entre los 0,3 y 0,4 segundos y luego, empleando sus extremidades para tomar impulso, emprendió vuelo agitando sus cuatro alas fibrosas ante la amenaza que le profería Ronaldo Milton Sousa Mourinho Ramires Da Silva con el desplazamiento de su mano derecha hacia su brazo izquierdo, que se inició con un lento movimiento del radio sobre el cúbito, siguió con una flexión en la articulación del codo para luego rotar el húmero sobre su propio eje...”

El cuento tenía una extensión de 1.457 páginas.

El género no prosperó. Ningún editor tuvo el valor de publicar una

obra tan vanguardista, experimental. Era demasiado riesgo (y demasiadas páginas) y estábamos llegando a finales de los '80. Comenzaban entonces a proliferar los libros de autoayuda y las nuevas filosofías orientalistas y *new age*. Por lo tanto, Menotta decidió probar suerte en este campo; pensó que sus malas experiencias, y su valor para superarlas, le daba cierta autoridad en materia de amor propio.

Así lanzó su primer libro: *Cómo ser un perdedor y no morir en el intento* (1990). En lo sustancial, Carlos Salvador no hacía algo distinto a todos los demás profetas de la introspección: proponía ejercicios mentales para adaptarse a la mediocridad de la vida cotidiana. Sin embargo, las ventas no fueron del todo buenas, y su editor juzgó que había un problema de enfoque y que no le admitiría nuevamente frases como ésta:

“Si usted es pisoteado por sus familiares, compañeros de trabajo y supuestos amigos, aguántese. Asuma que por algo será, que alguna razón habrá, que tendrán sus buenos motivos para tratarlo así. Usted es, con toda seguridad, un imbécil. Cuanto antes lo asuma, mejor para usted.”

Menotta no se dio por vencido y volvió a la carga con un nuevo libro: *Cómo ser feliz y no convertirse en un imbécil*. Cuando lo enseñó a su editor, éste lo expulsó de su despacho arrojándole todo lo que tenía a su alcance. El libro, en la forma y en el fondo, transmitía el mismo mensaje que el anterior. De hecho, decía exactamente lo mismo que el anterior. La jugada de Carlos Salvador era clara, brillante: un cambio de título era, efectivamente, un cambio de enfoque. Nadie supo valorar su profundidad emocional, la importancia de sus consejos, la osadía de su erudición; yo considero, personalmente, que el gran público ha perdido una invalorable oportunidad de compartir la compleja humanidad del pensamiento de Menotta.

El siguiente paso en la carrera de Carlos Salvador Menotta fue el ensayo. Abandonó por un tiempo la ficción y la autoayuda, y se lanzó de lleno a analizar la realidad. Fue una etapa particularmente prolífica, en la que encontramos títulos como *“El Che Guevara en la iconografía posmoderna”*, *“Aproximación a las causas de los orígenes del inicio de los conflictos coloniales en los albores de la Primera Guerra Mundial”*, *“Ser y tener, la prospección*

de la acción y la esencia”, “Cómo ser un perdedor y no convertirse en un imbécil”, “Legitimidad de los procesos penales en el derecho consuetudinario. Una perspectiva de legislación comparada”, “Las tribus nómadas de los Andes y los ritos de iniciación en el consumo de cuy”, “La Atlántida y los OVNIS en el archipiélago de Canarias”, “Civilizaciones desaparecidas y apariciones civilizadas”, “Análisis preliminar de la palabra como medio de comunicación artificial”, “Cornelius Castoriadis y lo imaginario radical”, “Casa Tomada: Cortázar y la analogía en el siglo XX”, “El arte clásico y la figuración”, y “Freud y yo: una retrospectiva psicoanalítica” (todos redactados de 1990 a 1998). Por este último trabajo, recibió elogios en todos los grandes foros del Psicoanálisis. Dijo de él César Luis Bailevsky, prestigioso psicoanalista reconocido por sus méritos científicos a nivel mundial:

“Menotta es la indecisión en estado puro, lo irresoluto en su máxima expresión. La caducidad del ‘yo’ que ya no se encuentra en esa piel desgarrada por el doble juego de amor-odio. Es más, diría ‘subliminal’, es decir, inconsciente. Su conflicto, en apariencia consciente, nace en realidad en las profundidades negras del inconsciente irrealizado. Pero Freud y Menotta, agregados al ‘yo’ desgarrado, asemejan a la confabulación lacónica del ‘ello’, el ‘yo’ y el ‘superyo’ en búsqueda frenética por romper la represión del instinto de autodestrucción.”

Para qué agregar más.

Por fin, cansado de disertar en Congresos y Encuentros, de visitar Universidades y Colegios, Carlos Salvador Menotta volvió a buscar refugio en la literatura fantástica. De este *impasse* nació en 2002 el libro que tú, lector, tienes en tus manos. Se trata de una colección de relatos, cuentos tradicionales, comunes y corrientes; pero es, a la vez, un muestrario de personajes, un zoológico humano, un paseo por la locura cotidiana desde una perspectiva humorística, descarada. Los paisajes de la infancia y la adolescencia reviven como fantasmas para convertirse en los escenarios ideales de la acción *menottiana*. Contemplando este pequeño volumen, recorriendo sus trece relatos (y desafiando a la superstición y la mala suerte), descubrimos en Menotta un verdadero autor que hará escuela.

Julio César Cerletti

Algunos de estos cuentos, pude reconocerlo, son los mismos que Menotta me mostrara en 1974, aunque sensiblemente mejorados. No han cambiado en una sola línea, Carlos no ha quitado ni agregado ninguna palabra; pero quizás sea la edad, la experiencia compartida, lo que trasluce en estos relatos una vivencia diferente. He de confesar que el reencuentro con estos cuentos (luego de un primer instante de sorpresa) fue una experiencia de verdadera alegría que me hizo saltar lágrimas de felicidad y me provocó una incontenible risa como nunca antes nada en la vida.

Enhorabuena a mi querido amigo Carlos Salvador Menotta; y que disfrute, mi querido lector, con esta fantástica antología.

Juan Pedro Soco Urtizberea

CALORÍAS

Helena viajaba apretada en el tren subterráneo rumbo al trabajo, pero al menos iba sentada. Un calor infernal dominaba el ambiente y el vagón estaba repleto. La gorda de al lado no sudaba y Helena sintió envidia. “Esta gorda inmunda no suelta una gota, no jadea, no sufre mareos... ¿cómo es posible?”, pensó. No era para menos: la gorda, contrario a lo previsible, parecía lo más fresca dormida en el asiento, cabizbaja, tranquila.

El subte era de esos nuevos con sillones mullidos a lo largo de las paredes. Helena estaba en un extremo, junto a la puerta de salida/entrada, la gorda a su lado y más allá un viejito leyendo el diario con las páginas pegadas a sus anteojos voluminosos.

En el vagón no entraba más gente, pero de alguna manera la empatía humana hacía un lugarcito de la nada y, estación tras estación, el tren seguía cargando personas. Helena estaba fastidiosa, particularmente ofuscada. Dicen que el calor excesivo eleva las tasas de trastornos psicológicos violentos. No había que hacer un estudio científico para comprobarlo.

Un hombre cercano a los treinta años se paró enfrente de Helena, que, como toda mujer joven y coqueta, trataba de evitar que la transpiración arruinase su peinado y su maquillaje. Pero los más de cuarenta grados que debían de hacer en ese subterráneo conspiraban contra sus denodados esfuerzos. El hombre miró a Helena y hurgó con ojos medianamente lascivos en su escote amplio. Helena lo percibió y se molestó (más).

“Tarado”, pensó, “¿qué culpa tengo si el calor te calienta?”. Helena le hizo saber con una simple mirada lo que estaba pensando y el hombre

desvió su vista. "Histéricas", se dijo él, "se visten así y después se enojan si las mirás".

La gorda seguía dormida. El viejito, en cambio, cerró el diario, lo plegó, lo guardó en su portafolio y se paró. Comenzó entonces una penosa marcha hacia la puerta de salida, con codazos incluidos. El lugar del viejito lo ocupó uno, Helena no lo vio bien. Prestaba atención al hombre libidinoso que, ante el menor descuido de ella, volvía su vista al escote.

Dos paradas después de que se hubiera puesto de pie, el viejito logró alcanzar la puerta. Se oyó una pelea, aunque las palabras no fueron claras. Alguien (probablemente el viejito) le recriminaba a otro haberle impedido el paso, mientras otro le reprochaba a alguien un empujón o algo por el estilo. En ese instante la ventilación de donde estaba Helena dejó de funcionar. Hizo primero unos ruidos raros y luego tac-tac-tac, cof-cof y el silencio. "La puta que lo parió", soltó Helena, en un tono medio. Era por la ventilación, pero el hombre treintañero pensó que se lo decía a él. Estuvo a punto de contestarle, pero se contuvo. La sangre comenzó a acelerársele y sintió deseos de patear a la mujerzuela y hacerle notar que le importaba un bledo su escote, que después de todo no era gran cosa.

A mitad de camino entre dos de las estaciones que están a mitad de camino, el tren se detuvo. Se oyó una maldición bajita, seguramente de un ansioso poco acostumbrado al servicio del subte. Pero luego de los primeros dos minutos ya eran varias las voces que, indignadas, preguntaban qué pasaba, maldecían, puteaban o se resignaban a una larga espera.

"Estamos como chorizos acá adentro y nadie te da una explicación...", "Con este calor...", "¿Trajiste algo para leer?". Helena trató de entrar en trance, de obviar el tiempo que transcurría, de pensar en otra cosa, de abstraerse del calor, de la falta de aire, del lascivo, de la envidiable gorda a la que todo le importaba un rábano, de los insultos, de las quejas, de las peleas, de un día que se perfilaba de lo peor. Pero no podía.

Helena dirigió su vista al hombre que tenía delante y descubrió que él hurgaba ahora en sus ojos, con una mirada que escupía ira. Lo ignoró y volteó hacia la gorda, que seguía plácidamente sentada, ensanguchada entre Helena y el uno que se había sentado del otro lado: su pose era simétrica, equilibrada, paciente, meditabunda, entre zen y yoga, aunque sin tantas contorsiones. Las manos juntas en la falda, la pera contra el pecho,

los hombros absolutamente relajados. Era obesa, demasiado obesa. Sus rulos colorados (teñidos) estaban fijos, muy manipulados, parecían casi de plástico. Helena apartó su vista de ella: la envidia le provocaba una tensión nerviosa mayor de la que le inducía el maníaco sexual.

A los diez minutos de estar detenidos, el entero vagón era un bullicio de palabrotas, protestas, reivindicaciones de derechos y un largo etcétera. Por extensión, podía afirmarse que todo el tren estaba igual de alterado. Alguna señora mayor acusó un principio de desmayo mientras algún adolescente pedante bebía de a sorbos placenteros una gaseosa, buscando generar odio hacia su persona. Y lo conseguía. El jovencito finalizaba cada trago con un publicitario "Ahh..." que no sólo parecía, sino que era, una provocación al resto de los pasajeros. Un muchacho veinteañero se animó a decirle: "Dejáte de joder, pelotudito". El adolescente sonrió, como pensando "Lo logré", pero inmediatamente cesó su actuación, bebió lo que le quedaba de un tirón y se quedó tranquilo en su rincón, esperando la reanudación del viaje.

El vaho húmedo de los túneles, su aire pútrido y oscuro, repentinamente comenzó a vibrar, a desplazarse. Un leve traqueteo se oyó a lo lejos junto con un silbido y chillidos ocasionales. El aire se agitó con mayor ímpetu hasta que una ráfaga violenta irrumpió por la ventana. Nadie lo había notado, pero era el primer subte que veían pasar en la dirección contraria desde que el suyo se había detenido. A Helena le dio igual, porque sólo quienes estaban del lado derecho del vagón pudieron calmar por un instante algo de su agobio. Pasó el tren y lo siguió una brisa que se fue apagando poco a poco, mientras volvía a sentirse la pestilencia pesada de los túneles.

Luego vinieron las teorías acerca de por qué se habría detenido el tren y el otro pasaba recién ahora y bla-bla. A Helena le parecían todas sandeces. Sin querer, se le escapó: "Basta de pavadas, por favor", en un tono apenas audible. Sin embargo, el libidinoso, que estaba pendiente de Helena, lo captó en seguida. "Perdón, ¿dijiste algo?" le dijo él a ella. Helena pudo optar entre dos respuestas. Una, la que al final no utilizó, era un simple "¿Qué?", como para darse tiempo y descomprimir la situación. Pero eligió la más agresiva porque el tipo no le caía bien: "¿Y a vos qué mierda te importa?". "¿Qué te pasa, loca?". "¿Por qué no te vas a masturbar a otro lado,

imbécil?”. “¿De qué hablás enferma mental? ¡Andá a hacerte hervir!”. Helena, subrepticamente, introdujo su mano en la cartera y comenzó a buscar el gas paralizante, aunque sin tener claro qué iba a hacer con él. “¿Te creés que no me doy cuenta de que sos un violador, psicótico?”. “¡Dejá de delirar, loca!”.

El tren arrancó. Despacio al inicio, como haciendo temer a todos que se trataba de una falsa alarma. Pero pronto adquirió velocidad y llegó hasta la estación. La novedad arrancó a todos de sus discusiones y tribulaciones.

En la estación apareció un guarda a los gritos avisando que el coche seguiría sin pasajeros hasta el destino final. Esto significaba que todos debían bajar al andén y esperar a la próxima formación que vendría cargada de gente; además, tenían que disputar un lugar con los pasajeros que ya estaban esperando y que se habían ido acumulando con cada minuto de retraso. Todo un caos.

Las protestas se hicieron a los alaridos, porque ahora había un blanco (el guarda) contra quien dirigirlas. El empleado, inamovible, ponía cara de *poker* y se limitaba a repetir su disco. Mientras, de a poco, tibiamente, con cautela e incredulidad, los pasajeros abandonaban el subte. Los últimos en irse eran los que (hasta entonces) habían tenido el privilegio de viajar sentados. Helena estaba entre ellos. Casi sin darse cuenta, perdió de vista al maníaco sexual, pero por razones que aún no se explicaba conservaba la mano en el gas paralizante. Cuando fue a incorporarse advirtió que la gorda permanecía dormida. Estuvo a punto de llamarla, de advertirle la orden del guarda, pero el calor que aún persistía, la envidia acumulada y la ira no descargada contra el sexópata la condujeron a la maldad. Simplemente la dejó dormir; con un poco de (mala) suerte, se despertaría demasiado tarde.

Helena decidió tomar un taxi con aire acondicionado. Pero su billetera le mordió la mano y se vio obligada a emplear el colectivo (que, dicho sea de paso, tardó el doble y también venía lleno).

Mientras tanto, el tren averiado arrancó rumbo a los talleres con el cadáver de la pobre gorda aún dentro, como lo había estado desde las 5 de la mañana.

HIPERVÍNCULO¹

“No debemos sorprendernos de que la vida, habiendo subyugado la mayor parte de la materia inerte de la Tierra, haya continuado subyugando a la tecnología...”²

Hace poco, un cincuentón llamado Homero fue a un *cibercafé*³, de esos tan modernos, con monitores de pantalla plana e iluminación posmoderna⁴. Se sentó en una de las mesas y enseguida la máquina que tenía delante le pidió su *name* y una *password*. Homero no entendió qué le decía el artefacto y recurrió al experto del local⁵. El muchacho se acercó y le indicó a Homero que tenía que *loguearse*. Homero no pescó el sentido de esas palabras, pero el muchacho tecleó “homero” en el casillero de *name* y “*****”⁶ en el casillero de *password*, y de golpe se materializó frente a ellos una pantalla plagada de textos e imágenes. Acto seguido, el joven

1. Cuento con notas.

2. KELLY, Kevin. *Fuera de control: el surgimiento de la civilización neo-biológica*. Disponible en inglés (*Out of control*. Addison Wesley, 1994). Ver especialmente el capítulo “Las nueve leyes de Dios”.

3. Es rara la partícula “ciber-” para designar un café donde se ofrece acceso a internet. Cibernética viene del griego *kibernetes*, que quiere decir “piloto”. La disciplina cibernética nace con el intento de hacer que un misil fuese su propio piloto, que se guiese solo. No vemos, entonces, qué tiene de “ciber” ese café.

4. La verdad, ¿alguien sabe a esta altura qué quiere decir “moderno” y qué “posmoderno”?

5. “Experto” quiere decir “quien sabe algo más que los demás”.

6. Uno que estaba sentado al lado de Homero pensó “¡Qué fácil que es esa contraseña!”. Pero luego perdió la cuenta de cuántos * había escrito el muchacho.

le preguntó: “¿Va a *chatear* o a ver los *mails*?”. Homero se acomodó en la silla, puso cara de inteligente y respondió con suficiencia: “No, gracias, un café nomás”.

El “experto” se alejó riendo para adentro y Homero quedó cara a cara con el artefacto. Tomó el *mouse* bajo su mano derecha. La pantalla lo abrumaba: había casilleros para escribir por todas partes y cosas redactadas en inglés acá y allá⁷. Para colmo, cada vez que movía el ratón, una flecha se desplazaba y se transformaba alternativamente en una mano que, según interpretó Homero, dibujaba una “J” entre sus dedos pulgar e índice⁸. “¿De qué será esa jota?”, se preguntó.

No tardó en acercarse una muchacha⁹ con el café de Homero. Él, que en verdad no tenía idea de lo que debía hacer, le preguntó tímidamente a la joven: “Esto... ¿qué es esto?”. La chica le dejó el café, vio que nadie la requería urgentemente y se arrimó al monitor. “Es un portal... es...”¹⁰, respondía balbuceando ella, como hipnotizada por la luz de la pantalla. Homero, adivinando la intención de la mujer, separó la mano del *mouse*. Ella, al momento, tomó posesión del periférico¹¹. Para la muchacha, el hombre tenía “cara de *Google*”¹².

Con presteza, la joven abrió la página del famoso buscador¹³. Un resplandor iluminó la cara de Homero, no tanto por la alegría de ver algo menos recargado de texto, sino porque el fondo de la pantalla era blanco y el monitor despedía luz a raudales. “Gracias”, dijo Homero, e hizo un ademán como para reapropiarse del *mouse* y del teclado. La muchacha le dijo: “Escriba ahí lo que quiera buscar y apriete ENTER...”. Luego, con

7. La frase que más se repetía era “***Buy now!***”, así, con ese énfasis gráfico.

8. Casualmente, la flechita solía convertirse en mano cuando pasaba sobre los “Buy now!”.

9. “Se necesita camarera para cibercafé. Buenas condiciones. Enviar CV con foto a Apdo. de Correos 389”.

10. Homero preguntaba por la “J”, pero la camarera no lo entendió.

11. ¿Merece el *mouse* que le sigan diciendo “periférico”, cuando hoy día es “central”?

12. Es decir, cara de señor mayor que sólo sabe usar un simple buscador y que todo lo que quiere de internet puede encontrarlo allí.

13. La versión en castellano, obviamente.

algo de decepción en el rostro¹⁴, se alejó de la mesa. Homero, sólo con los dedos índices, tecléo despacio “dios”¹⁵.

*

De repente, aparecieron miles de palabras, tantas que lo asustaron otra vez. Pero no tardó en descubrir que, ante sí, tenía un listado. No sabía bien listado de qué, pero listado al fin¹⁶. Era todo muy heterogéneo, y llevaba títulos y textos muy raros, pero en todos ellos aparecía la palabra “dios” (o “Dios”, o “DIOS”) resaltada en negrita: **dios**.

Homero no leyó todo el listado, pero pronto llegó a la triste conclusión de que las máquinas no entendían nada de asuntos espirituales, y que al tal Señor *Google* le hubiera dado lo mismo que él hubiese tecléo “dios” o “fútbol” o “protésico” o “termostato” o “perennifolio” o “nariz” o “cobalto” o “Fiat 600”¹⁷. El Señor Buscador sólo le daba listados estafalarios con la palabra solicitada marcada en negrita¹⁸. También comprendió que, contrario a lo que le habían dicho, en internet no encontraría *cualquier* cosa, y que si quería hallar a Dios debía concurrir a otra parte.

Fue la gran decepción.

*

Pero eso no restó ánimos a Homero. Ya estaba sentado allí, con el café recién servido y algún tiempito que perder¹⁹. ¿Qué le costaba explorar un poco más y averiguar qué tenían de interesante las computadoras para que todos los jóvenes²⁰ se idiotizaran²¹ con ellas? Volvió a llamar al experto.

14. La intención de la camarera era “serrucharle el piso” al “experto”.

15. Y el ENTER, claro está.

16. Homero no llegó a darse cuenta de que el listado tenía varias “páginas”, pero al cabo que era lo mismo.

17. O “la puta que te parió”, como pudo comprobar luego.

18. Por ejemplo: “... y entonces el hombre exclamó: ¡**La puta que te parió**, José! Si serás una basura...”.

19. En realidad no lo “tenía” en un sentido estricto de la palabra. Pero ya se había inventado una excusa con que justificar su llegada tarde al trabajo.

20. Es decir, para Homero, todos los menores de 50 años.

21. Es decir, emplearan la máquina para “diversión”, “distendimiento”, y no sólo para hacer cálculos, planillas, documentos, bases de datos, etc., etc.

“¿Me puede decir qué... O sea... para visitar... algo con *onda*²²?”, preguntó Homero. “¿Qué está buscando?”, contestó el experto²³. “Eh...”, dudó Homero, “algo bueno, pero bueno-bueno”, dijo, pensando que el otro entendería. Pero la verdad era que Homero no tenía ni idea de qué había para ver en internet y no se animaba a mostrarse ignorante. El experto lanzó una sonrisa y tomó el *mouse* rápidamente: miró a un lado, al otro, y cuando se cercioró de que nadie lo controlaba²⁴ tipeó “www.hotmodernsex.com.ru”. El experto le lanzó una miradita socarrona a Homero²⁵, que no entendía de qué se reía ese muchacho²⁶.

Pronto lo descubrió: un verdadero zafari fotográfico por todo tipo de prostíbulos rusos²⁷. “¿Qué es esto?”, exclamó Homero indignado. Al experto se le fue la cara de pícaro en un santiamén²⁸ y, para evitar que los otros empleados del local lo vieran en semejante apuro, se aprestó a desaparecer de allí rumbo a los sanitarios.

Homero, de golpe, quedó solo e indefenso ante las imágenes de (ahora más que nunca) su monitor. No sabía bien cómo sacar de ahí la pornografía rusa, pero tampoco se animaba a pedir auxilio²⁹. Para colmo de males, no entendía nada, pues había dos tipos de textos: los que estaban escritos en inglés³⁰ y los que estaban en caracteres cirílicos³¹. Lo único que entendió (o creyó entender) fue la palabra “Mamushka!”³² en un costado de la pantalla.

22 La palabra “onda” quedó muy mal (poco creíble) en labios de Homero, y el que estaba sentado cerca contuvo una carcajada.

23. Y para sus adentros pensó: “¡Éste viejo verde quiere ver una página porno!”.

24. ¡Mentira! El de al lado espiaba como si fuera un agente de la CIA.

25. Habría que inventar el concepto de “joven verde” o algo por el estilo para tipos como el “experto”.

26. El pensamiento textual de Homero fue: “¿Y a este estúpido qué le pasa?”.

27. Al de al lado se le fueron los ojitos con la imagen de una rusita rubia que, en la foto de abajo, resultó ser un rusito...

28. “Tragame tierra, tragame tierra, tragame tierra...”.

29. Primero: porque iban a pensar que él era un viejo verde (si hubiera sabido que ya lo habían pensado *antes*...); segundo, porque ya había pedido ayuda una vez y así le había ido...

30. Entre ellos, el infaltable “Buy now!”.

31. ДЕРУГЖФОСИШБЪЛЦА, por ejemplo.

32. Pensó enseguida en las típicas muñequitas que se guardan una adentro de la otra, y en una marca de chocolates.

Justo allí el cursor se transformaba en *mano-haciendo-la-jota* y Homero clikeó³³, con la esperanza de salir de ese brete hacia algo conocido.

De la sartén al fuego. Lo que apareció ante su vista fue la foto de una mujer “subida”³⁴ a otra mujer, subida a otra mujer que estaba, a su vez, subida a otra... Contó en total unas siete u ocho mujeres³⁵. Para Homero fue el acabose³⁶. Con furia suprema tomó lo primero que tuvo a mano³⁷ y lo estrelló contra el monitor de pantalla plana. Sin detenerse a reparar en los daños ocasionados, Homero atravesó el local y salió al exterior³⁸.

*

La calle lo encontró desencajado, furioso³⁹. No tanto porque lo indignara la pornografía, como se repetía a sí mismo, sino porque se había dado cuenta de que estaba *out*⁴⁰. No era su mundo, no lo entendía, no podía manejarlo⁴¹. Pronto, la ira se transformó en energía pura⁴² y sus músculos se tensaron esperando una orden que los obligara a descargar los movimientos que se acumulaban en los extremos de su sistema nervioso⁴³. Había estado caminando cerca de tres cuadras sin rumbo fijo⁴⁴, pero se detuvo. Dio media vuelta y comenzó a regresar hacia el cibercafé con un único propósito claro: terminar de completar su obra⁴⁵.

33. Homero, principiante en estas lides, había aprendido en tan poco tiempo que cuando la flecha se hacía mano podía presionar el botón izquierdo del *mouse* y hacer aparecer una nueva página.

34. Fue la mejor palabra que encontró para describir lo que veía.

35. En la maraña de mujeres no podía estar seguro de cuántas había.

36. O, parafraseando a Mafalda, el “continuose” del “empezose” del experto.

37. El *mouse*, o sea. ¿Qué otra cosa pudo haber sido?

38. En el local se armó un gran revuelo: el experto corrió desesperado hacia la máquina dañada y la acarició como a un animal herido; la camarera se asomó a la puerta y le gritó a Homero (sin resultados) que no había abonado el café; el que estaba sentado al lado aprovechó el desconcierto y también se fue sin pagar.

39. Histérico, rabioso, rencoroso, crispado, violento, insociable, irritado, colérico...

40. Era la única palabra *in* que se había aprendido, aunque ahora parecía estar *out* decir “*out*”.

41. Uno no se da cuenta, pero es todo un logro coordinar los movimientos necesarios para desplazar el cursor con el ratón. Algunos nunca lo consiguen.

42. $E=mc^2$.

43. Estaba con los nervios de punta, o sea...

44. Mejor dicho, con rumbo a ninguna parte.

45. ¡Crash! ¡Pum! ¡Paf! ¡Clonck! ¡Cataplúm! ¡Agh! ¡Ouch! ¡Boing! ¡Tromp! ¡Etc.!

Cuando lo vio cruzar la puerta del local, la camarera estaba convencida de que Homero venía a pagarle el café, que pediría disculpas, diría que se había olvidado y ya⁴⁶. El experto, en cambio, intuyó bien: “Viene a por más”, pensó⁴⁷. Homero no demoró demasiado y tomó entre sus manos la primera silla que encontró vacía. Nomás con levantarla por sobre su cabeza se cobró la vida de dos luces posmodernas⁴⁸. Y, al dejarla caer, la silla partió al medio un teclado, esparciendo botones a diestra y siniestra⁴⁹. Un monitor fue la tercera víctima, a la que le siguió un *mouse* arrancado de un tirón que voló por los aires hasta estrellarse en un cartel promocional que tenía la cara sonriente de un *nerd* anteojado⁵⁰.

El experto, entre tanto, cegado por el sentimiento de venganza, cargó contra Homero con las manos extendidas y los dedos retorcidos⁵¹. Los clientes miraban asombrados, pero varios de ellos seguían “enchufados”⁵² a las computadoras, abstraídos del mundo físico. La camarera observaba azorada, pero en su mente sólo importaba cobrar de una vez por todas el maldito café⁵³.

Homero y el experto chocaron⁵⁴ y comenzó la pelea⁵⁵. “¡Mamushka!”, gritaba Homero; “¡Viejo cavernario!”⁵⁶, le respondía el muchacho. Los

46. Flexibilización laboral mediante, café que falta en la caja registradora es café que paga el empleado.

47. El que se había sentado al lado, cumpliendo las leyes básicas del policial, había vuelto a la escena del crimen para constatar que, efectivamente, había burlado a los empleados del cibercafé y se había ido sin pagar él también. Luego, al ver regresar a Homero hecho una tromba furiosa, decidió quedarse a curiosear.

48. No somos nada...

49. Más que “teclado anatómico”, algunos clientes lo llamaron “teclado atómico”. Aunque para chiste es más bien pobre.

50. Para Homero daba lo mismo si se trataba de Bill Gates o de Linus Torvalds.

51. Al que se había sentado cerca de Homero le pareció que el experto en informática también lo era en artes marciales. Los demás se dieron cuenta de que, instintivamente, los dedos del muchacho querían presionar la mortal combinación “*Ctrl+Alt+Del*”.

52. “Colgados” es un término más apropiado.

53. Y hasta podría decirse que disfrutaba con la destrucción del local.

54. Sin sentido figurado: chocaron lo que se dice chocar, accidental y torpemente.

55. Típica pelea de inexpertos, con más agarrones que puñetazos.

56. En realidad quiso decirle algo más científico, como “*Australopithecus*” o “*Neanderthal*”, pero no tenía buena memoria.

demás parroquianos, pacifistas ellos, decidieron no intervenir en el conflicto bélico. “¡Proxeneta!”, decía Homero; “¡Calentón!”, contestaba el experto⁵⁷. “¡Joputa!”, soltaba uno; “¡Mierda!”, sostenía el otro. “¡Me cago en tu madre!”, argumentaba el primero; “¡Imbécil!”, señalaba el segundo⁵⁸.

Al fin, la rabia se deshizo, la energía se descargó y las razones de la trifulca se esfumaron. Tan fácil como que llegó la policía⁵⁹. “A ver, a ver, qué pasa acá”, dijo uno de los uniformados⁶⁰. El experto puso cara de nene inocente y dijo: “Eh... Nada...”⁶¹. Pero la camarera se interpuso: “El señor se fue sin pagar el café”⁶². Homero, que estaba enojado pero sabía reconocer a “la autoridad”, agachó la cabeza⁶³.

*

Homero llegó tarde al trabajo. Mucho más de lo que había previsto⁶⁴. Cualquier excusa que tuviera preparada no se aplicaba a la situación. Además, llevaba la manga del saco descosida, estaba despeinado y con cara de pocos amigos. Sin embargo (y extrañamente) nadie pareció dar demasiada importancia al retraso y las fachas de Homero, ni siquiera el Jefe. Es más, había un raro clima de algarabía generalizado, una especie de felicidad estúpida y contagiosa que inundaba la oficina.

“¿Qué pasó?”, preguntó Homero, creyendo que (nuevamente) se había perdido algo bueno. “Tenés que verlo, al fin se nos dio”, le contestó Randazzi⁶⁵. Avanzaron desde la recepción⁶⁶ por el pasillo de escritorios y luego fueron hasta el escritorio de Homero. Una PC⁶⁷ estaba instalada

57. El público acompañaba con “¡Uh!”, “¡Ay!”, “¡Epa!”, y esas interjecciones.

58. Es notable cómo hablando la gente se entiende.

59. Magia.

60. Lo que se dice, una entrada triunfal.

61. ¿Por qué los niños siempre ponen la misma excusa?

62. El que se había sentado cerca de Homero, dándose erróneamente por aludido, se fugó corriendo entre la gente.

63. Y pensó: “Uy, y ahora cómo le explico a mi mujer lo de la pornografía...”.

64. Más cerca de la hora de salida que de la de entrada.

65. No recuerdo bien el nombre del empleado, pero los apellidos italianos son siempre un “nombre-de-compañero-de-trabajo” verosímil.

66. La recepcionista, como casi siempre, no estaba en su puesto.

67. Otrora, la sigla designaba al “Partido Comunista”; ahora quiere decir “*Personal Computer*”.

allí, donde antes había ficheros y actas; y donde estuviera la máquina de escribir, a un costado, había ahora una impresora. “Se nos dio, campeón, tenemos *informática*”⁶⁸, dijo Randazzi con una risa idiota en la cara. Homero casi se muere de un infarto⁶⁹ y, con extraño sentido del humor⁷⁰, le contestó a su compañero: “Sí, justo... El Jefe me leyó la mente...”⁷¹.

*

Homero se sentó frente al artefacto maldito, que estaba allí extendiéndose sobre su mesa como una enredadera⁷², ocupando rincones significativos⁷³, desplazando y minimizando los demás elementos de escritorio⁷⁴. Un cáncer, así lo vio Homero. Randazzi desapareció rumbo a su mesa y se instaló feliz frente a su ordenador⁷⁵, y Homero ya no le prestó más atención.

Apareció el Jefe⁷⁶. Se acercó a Homero⁷⁷. “¿Y, qué me dice?”, preguntó el Jefe, extrañamente sonriente⁷⁸. Homero lo miró con cara de susto⁷⁹. El Jefe, con gesto magnánimo⁸⁰, agregó: “Lindo bicho, ¿eh? Además, tiene internet...”.

¡¡¡AAAAAAHHHHHH...!!!⁸¹

68. Para Randazzi las siguientes palabras eran sinónimos: informática, internet, PC, ofimática, digital, ordenador, cibernético, base de datos, computadora, máquina, “coso” y tecnología.

69. ¡¡!!

70. Bueno, no exactamente “sentido del humor”; al menos no rompió todo otra vez.

71. Bueno, no, tampoco fue eso exactamente: el Jefe leyó su propia mente...

72. Cables que iban y venían, subían y bajaban, se cruzaban y entrecruzaban.

73. El rincón de la taza de café, el rincón de la foto de familia, el rincón de los clips encadenados, el rincón del diario, el rincón de la basura que no sirve para nada pero que tampoco se tira...

74. La lapicera de marca que le habían regalado por los 15 años en la empresa quedó como un detalle insignificante ante el monstruo blanco de 15 pulgadas.

75. *Arkanoïd*, *Striker Football*, *Space Invaders*, *Doom*, *Buscaminas*...

76. El Jefe no camina, el Jefe “aparece”.

77. Ver COPPOLA, Francis Ford. *Bram Stoker's Dracula*.

78. Je, je.

79. “Uy, y ahora cómo le explico a mi Jefe lo de la pornografía...”.

80. Un grande, sin duda...

81. El grito sólo se oyó en la mente de Homero. Pero los ojos dejaban fugar un lejano eco...

“¿Qué le pasa?”, dijo el Jefe. Homero, suplicante, preguntó: “¿Pero qué tiene de especial internet, qué es internet, por qué todos quieren internet?”. El Jefe, fuente de sabiduría inconmensurable⁸², replicó: “Internet es la red de redes, es la conexión con la humanidad. Internet es una herramienta de trabajo y es una fuente de diversión”. Hizo una pausa y, con un extraño brillo en los ojos⁸³, añadió: “Internet es el *alfa* y el *omega*. Internet está en todas partes. Internet es un vínculo con Dios⁸⁴, Homero”.

*

Y así, Homero supo que nunca iba a encontrar a Dios en Internet. Dios es Internet.

82. “El Jefe siempre tiene la razón”.

83. Léase *delirio místico*.

84. HIPERVÍNCULO.

DE SABIOS, NOVIOS, ÁNGELES, COMUNISTAS Y OTROS SERES MITOLÓGICOS

*El engaño y la estrategia mejores del
diablo consisten en persuadir a la gente
de que él no existe.*

Charles Baudelaire

LOS SABIOS

“Estimados colegas, amigos diría: estamos hoy reunidos en esta convención con el motivo de dar a conocer los resultados de la investigación más reciente de nuestro queridísimo Juan Martín Pérez Ruitort. No pocas veces en la vida hemos conseguido contar con su presencia entre las paredes de esta prestigiosa y amada Universidad de San Sigfrido, pero el motivo de su estadía aquí es, tal vez, el más importante de su carrera.

“Juan Martín ha logrado, casi como un pionero de las Américas, abrirse paso de una vez por todas al mundo exterior. Vamos, sus caras no me dejan mentir, señores: noto entre los asistentes, entre ustedes, amigos míos, caras pálidas por la falta de sol, pupilas dilatadas y sensibles a la iluminación, tan sólo acostumbradas a la mortecina incandescencia de un candelabro de biblioteca; veo también espaldas encorvadas por el trabajo de escritorio, gruesos anteojos de miopes lectores y arrugas cubiertas con el polvo mágico de los libros. Señores: somos estudiosos, somos académicos, somos los sacerdotes de los templos del saber, pero no podemos eludir nuestra siempre pospuesta mirada al exterior. Y por ello es fundamental que oigamos la palabra precursora de Juan Martín, que mucho ha de aportarnos de ahora en adelante para todas nuestras investigaciones. Juan Martín, por favor”.

“Muchas Gracias. Amigos, entrañables colegas, eruditos representantes de la sabiduría, he de confesaros hoy que, por vez primera, estoy ante evidencia concreta de la existencia de criaturas mitológicas que hasta ahora sólo habían sido palabras en el viento de la plebe. Al principio no lo creía. Como todos ustedes, buscaba la explicación racional, trataba de encontrar la verdad mundana detrás del misticismo, pero luego tuve que rendirme ante la prueba y reconocer la existencia de todas esas mitológicas criaturas –la mayoría nefastas, por cierto– que los expertos han dado en llamar erróneamente ‘imposibles’ o ‘no-naturales’. Quiero decir, cuando la indagación, la búsqueda de respuestas a los males de la humanidad, cuando a cada paso que daba me topaba con su nombre, tuve que aceptar su existencia. Pero fue clave para ello una biografía reciente –una autobiografía, mejor dicho– que, por el azar mismo que conlleva nuestra tarea, fue a dar a mis manos justo en el preciso momento en que me debatía tratando de negar lo que ya era inevitable.

“El manuscrito llegó a mí como la manzana llegó a Newton: por accidente. Estaba yo un día en la biblioteca de la vecina Universidad de San Serif intentando rescatar los *Anales ancestrales de los Fundadores* cuando, de improviso, me topé con un cuaderno que alguien había olvidado en el escritorio contiguo al mío. Lo tomé, con la pura curiosidad de un hombre de ciencia, ustedes comprenderán. No esperaba encontrar allí nada en particular, pero mucho menos lo que hallé. De pronto, sin anestesia, el destino había colocado ante mí una fuente riquísima de impresionantes testimonios que narraban el tormento cotidiano de un pobre plebeyo, quien resultó ser un auténtico héroe y la infortunada víctima de diversas criaturas mitológicas.

“El inocente, a su vez, parecía acostumbrado a su desdicha. Posiblemente decidió escribir su historia en el cuaderno para desahogar la angustia diaria de conocer una aberración fantástica y no poder contársela a nadie, por temor a ser creído loco.

“Discúlpeme si no sé por dónde comenzar, o si mi exposición se torna confusa, pero, evidentemente, el conocimiento que he adquirido ha alterado un poco mi raciocinio, y las ansias de compartirlo han embotado mi capacidad lingüística. Por ello es que trataré de apegarme a esta biografía maravillosa donde, por primera vez en muchos años de investigación de documentos, las cosas saltan claras a la vista”.

LOS NOVIOS

“La primera ‘aparición’ increíble que encontré en las narraciones del plebeyo fue la de los novios. Los novios, ¿cómo definirlos? Hemos escuchado miles de historias sobre los novios, algunas buenas, otras malas. Todas ellas refieren a seres que rondan en torno a hermosas doncellas, aunque hay algunos autores que los mencionan asediando a muchachos poco viriles. Se dice en la tradición oral popular que es natural, normal, y hasta incluso deseable, que las niñas tengan un novio a su lado, aunque también se ha oído de lo terrible que es eso, tanto en boca de hombres como de mujeres, de ancianos y de ancianas, de niños y de niñas. Pues bien, la biografía era, en este sentido, sumamente clara y no dejaba lugar a la duda. El biografiado, o autobiografiado, aparentaba tener un preciso conocimiento de dichas alimañas; es más, se podría decir que sabía cómo verlos o identificarlos, o al menos sentir su presencia. Según lo que se desprende del análisis de sus historias, los novios son unas criaturas que, por su comportamiento y su maldad, pueden compararse a los *gremlins*, a los duendes o a los geniecillos malvados. Por su materialidad, podría decirse que son criaturas etéreas o fantasmagóricas, en cualquier caso invisibles, que se apoderan de la conciencia de jóvenes bellas e inteligentes. La evidencia me lleva a concluir, por tanto, que no es extraño que hoy por hoy casi todas las jóvenes bellas e inteligentes estén asediadas por esas inmundas creaciones del Averno.

“No me pregunten por qué sólo ellas –hasta donde sé– son víctimas de estos seres. Como bien sabrán todos ustedes, la mitología es así: algunos demonios prefieren a las vírgenes, otros a los nacidos en días pares, algunos los quieren dóciles y estúpidos, otros bautizados en luna llena, o albinos, o con lunares en el hombro izquierdo, o procedentes de un pueblo determinado de las montañas, o bañados en leche de buey; y algún otro los querrá a todos. Por mi parte, nunca he sido víctima de un novio ni creo que alguno de vosotros vaya a serlo jamás.

“Estimo que los novios –y aquí mi escepticismo me condenó a no considerar durante mucho tiempo otras pruebas que había tenido a la vista– actúan a modo de consejeros. Por decirlo de manera gráfica, se parecen al diablo y el angelito de los dibujitos animados, esos que están uno sobre cada hombro del protagonista; pero sin el angelito. Se diría incluso que

ejercen un control a distancia, es decir, que pueden controlar la mente de la víctima aún a varios kilómetros de separación. Déjese ilustrar el asunto con un ejemplo extraído de la maravillosa biografía que les mencioné, fechado como 'sábado 25'.

"En la biografía se describe una situación cualquiera, típica de una fiesta (ya saben: esos ritos paganos en los que abundan las danzas rituales y el consumo de sustancias alucinógenas). El protagonista de la biografía (ni joven, ni bello, ni inteligente, ni mujer) da vueltas en busca de algo divertido que hacer para darle un poco de sentido a la celebración. De pronto, en ese errático deambular, se topa con los ojos verdes más hermosos que ha visto en su vida: a partir de allí, todo lo que rodea esos ojos será también precioso, desde los rulos castaños, los labios delgados y rosados, el rostro sin maquillaje, cualquier cosa (supongo que el biografiado se halla bajo los efectos de alguna de aquellas sustancias alucinógenas). El protagonista se acerca con la obligación autoimpuesta de conocer a la dueña de esos ojos: se para junto a ella y busca la primer excusa que se cruza en su camino para entablar una conversación. Por cierto gesto (el ceño fruncido) y por la posición en la habitación (alejada de los altavoces) nuestro héroe (el protagonista) se percata de que a los oídos que flanquean esos ojos verdes les molesta el volumen de la música. Entonces suelta al pasar:

"-Es insoportable tanto ruido, ¿no?"

"-Un poco. No es mala música, pero está un poco fuerte... -dice ella.

"¡Objetivo conseguido! Al menos eso cree el biografiado que, siguiendo una perspectiva pesimista, se esperaba un 'Mmmsé...', seco, duro, tajante. Pero no, ella responde y deja abierta la puerta para que el valiente y aburrido deambulador de fiestas intercale otro comentario:

"-Sí, eso es cierto. Yo acepté venir a esta fiesta porque Juancho es mi amigo y porque sabía que iba a pasar buena música, si no...

"-La verdad, yo no tenía idea de que iba a escuchar estos temas. En realidad vine porque mi novio dijo, y...

"Y entonces aparece lo que nos llama la atención. El novio. La inmunda criatura se hace presente en el preciso momento en que el héroe se disponía a acomodarse vaya a saber uno contra qué repisa, mueble o altar, con toda la intención de conversar largo y tendido el tiempo que hiciera falta para atravesar la profundidad de los ojos verdes. Pero no, no y no,

el mitológico demonio irrumpe en toda su dimensión, como consejero de la joven bella e inteligente. Y lo que es peor, se delata, se denuncia, se hace nombrar. El héroe se queda petrificado y sin tema de conversación; de inmediato se siente un imbécil de primera. El geniecillo malvado está allí presente y ya nada podrá ser de la forma en que lo había previsto. El novio se encargará de que todo salga mal.

”–Ah... –atina a balbucear el héroe.

”Ella, haciéndose la desentendida respecto de las intenciones de nuestro protagonista, sigue conversando como si nada. Pero, para esa altura, el festejante aburrido descubre que las palabras que ella pronuncia las dicta el mismísimo Maligno, a saber:

”–¿Así que vos lo conocés a Juancho? (Juancho es el anfitrión o sacerdote, se sobreentiende).

”–Sí –contesta el héroe con toda la sequedad, dureza y frialdad que no le habría tolerado a ella. Y después, consciente de ese error, agrega –De la primaria. Fuimos a la escuela juntos.

”–Nosotros lo conocimos en el secundario –dice ella.

” ‘¿Nosotros?’, se pregunta el héroe. ‘¿Nosotros qué? ¿Así que son uno para el otro?’. En ese instante el protagonista comprende que el malvado espíritu, denunciado públicamente por la boca de la bella doncella, tiene el tupé de desenmascararse y hablar en nombre de los dos (el de ella y el suyo propio). El novio demuestra así tener pleno control sobre la mente de la doncella y se burla de la pobre víctima. La muchacha está poseída. El protagonista, resignado, hace como que ve a un conocido en la otra punta del salón, se disculpa y se aleja dejando atrás a los ojos verdes más hermosos que ha visto en su vida”.

LOS ÁNGELES

”Pero, queridos colegas, no todo es malo en la vida de nuestro iluminador autobiografiado. También una experiencia plasmada en su atormentado manuscrito nos revela la existencia de seres milagrosos, bellos, bondadosos. Sí, aunque no puedan creerlo, este hombre tuvo contacto con varios ángeles en distintos momentos de su vida. Creo que lo mejor será, en este caso, leerles directamente unos párrafos del increíble encuentro de este pobre plebeyo con tan dignas criaturas:

Lunes 27 de agosto

No estudié nada y creo que a esta altura tampoco lo voy a hacer. Estoy podrido de todo, cansado, aburrido, desahuciado. Creo que sólo me mantiene vivo la esperanza de ver mañana lo que vi hoy.

Porque, y esto va para cualquier idiota que se le ocurra leer este diario, lo que he visto hoy no puede ser otra cosa que un ÁNGEL.

Iba yo en el colectivo, atravesando la avenida lenta y abarrotada de tránsito. Estaba sentado en el cuarto o quinto asiento del lado derecho, contra la ventanilla. Miraba para afuera sólo para matar el tiempo cuando, exactamente en la parada del correo, aprovechando la detención del transporte, pude apreciar una criatura que no me animaría a llamar HUMANO. No podía ser un humano, ningún humano puede ser tan hermoso. Parecía una mujer, pero yo sabía que no lo era. Las mujeres de la ciudad están siempre enojadas, y ésta se reía. Las mujeres de la ciudad siempre están apuradas, llenas de maquillaje, con papeles y teléfonos en las manos; esta criatura hermosa, en cambio, caminaba despreocupada, displicente, suave, armoniosa, desentendida del embotellamiento y los bocinazos, con la cara limpia y las manos sueltas, libres. Las mujeres de la ciudad visten ropas de marca, trajes ajustados, colores sobrios, oscuros, sombríos; ella, la bella existencia, parecía ataviada con telas simples y livianas, blancas y amarillas, sedosas, perfectamente combinadas. Las mujeres de la ciudad tienen el pelo recogido en extraños peinados, o corto y empapado de gel, o negro y muerto; mi ángel dejaba volar su rubia cabellera a merced de las corrientes de aire que atravesaban los ponzoñosos corredores urbanos. No dudé: era un ángel, mi ángel.

Creo que no me había pasado algo así desde el primer año de la secundaria. Si mal no recuerdo, entonces me pareció tener una visión similar, una belleza deslumbrante. Todo pasó tan rápido que ya no lo retuve bien. Pero hoy, en cambio, no dudo de lo que vi, lo recuerdo vívidamente, y la esperanza de toparme mañana a la misma hora y en el mismo lugar con el mismo ángel me permite seguir aguantando el tedio de mi rutina diaria, el sinsentido de la vida.

Pero temo que ello no ocurra nunca, porque ¿por qué habría un ángel de atarse a un horario y un lugar en el espacio? ¿Qué razón tendría para estar allí? Yo, mediocre y pusilánime humano, dejo arrastrar mi cuerpo

decadente por la inercia de la rotación de la Tierra, mientras avanza la lenta descomposición permanente hasta la muerte. Pero, ¿qué haría a ese alma libre e inmortal repetirse en sus itinerarios...? Sólo la esperanza de que sea MI ángel, de que esté allí para mí, para salvarme del suicidio, creo que sólo eso me hace creer que acaso mañana vuelva a encontrármela.

“Señores, por razones de tiempo y por la evidencia obvia que representa lo que acabamos de decir, estoy en condiciones de afirmar que nada más tengo que agregar acerca de este punto: los ángeles existen y han venido a salvar a los héroes”.

LOS COMUNISTAS

“Durante muchos años hemos creído que, si alguna vez habían existido, los comunistas ya tendrían que estar extintos. Como los dinosaurios o los indios sioux. Pero mi investigación demuestra que aún están entre nosotros.

“Antes de que alguien en el auditorio discuta acerca del carácter mitológico de estos seres, permítaseme realizar una aclaración. Coincido con la apreciación de que hay evidencias físicas sobre la posible existencia de los comunistas, como el trozo de muralla hallado en Berlín que probablemente formaba parte del castillo conocido bajo el nombre de ‘Bloque Comunista’, o que podría haber integrado la igualmente mítica ‘Cortina de Hierro’ (aunque por tratarse de un trozo de hormigón y no de hierro es difícil confirmar tales teorías).

“Pero también debo recordar el triste episodio acaecido en la Europa de la Alta Edad Media: unos teólogos hallaron restos de un dinosaurio en las excavaciones que realizaban para construir su abadía y creyeron estar ante la prueba innegable de la existencia de los dragones. Por lo tanto, es menester que no agrupemos al tigre dientes de sable, al okapi y al oso panda junto con los unicornios, los dragones y el abominable hombre de las nieves. Los primeros, como lo prueban numerosos estudios, existieron alguna vez; los segundos, sólo habitaron en nuestra imaginación. Hasta que alguno de ustedes pruebe fehacientemente su existencia, como yo pretendo demostrar la de los comunistas.

“Dice la biografía reveladora:

Jueves 30 de agosto

La pregunta es: ¿por qué me quedé? ¿Quién me obligaba a permanecer ahí, cuando sabía que en cualquier momento iban a saltar esos “troskos”?

“El término ‘trosko’, recuerden ustedes, fue utilizado durante mucho tiempo como sinónimo de comunista. Sé que el Dr. Contreras tendrá alguna objeción que realizar al respecto, pero somos muchos los que creemos que los términos ‘comunista’, ‘trosko’, ‘belchevique’ y ‘rojillo’ designan a la misma categoría de criaturas.

“Él, nuestro héroe, sabía entonces de la presencia de comunistas, y presten atención a cómo evita claramente mencionarlos para no ser considerado loco:

No habían pasado dos minutos y ya uno de estos troskos quiso tomar el control de la situación para llevar agua hacia su molino. Es lo que hacen siempre, yo puedo reconocerlos a la legua. ¿Cómo es que los demás no se avioan de lo que quieren hacer? Y lo peor es que no te podés plantar en la mitad de la discusión a decirle: “Eh, vos, trosko de mierda, sé lo que estás haciendo y me tenés podrido. La gente no quiere tu revolución ni tu manipulación de temas de los que todos son sensibles”. No, si decís eso sos un facho, un desubicado, un demente al que sería mejor darle una patada en el culo y mandarlo democráticamente a la mierda.

“Aclaración: los fachos o fachas son, de acuerdo a las investigaciones del licenciado Izquierdo, los enemigos mitológicos de los comunistas, aunque he de decir que no puedo precisar su existencia real. Dudo que en nuestros días existan fachos o fachas, pero es posible que hayan existido en tiempos pretéritos. Recordemos que, según cuentan los libros de leyendas, los fachos o fachas adoraban la uniformidad, el orden, y exterminaban cual langostas cualquier cosa que saliera de los cánones establecidos por ellos. Creo, por tanto, que hoy sería fácil detectarlos. En cualquier caso, la demostración de la existencia de los comunistas quizás constituya el primer paso para indagar algo más sobre la existencia de los fachos o fachas.

“Por lo que entiendo, la situación en la que se halla nuestro héroe es una especie de asamblea multitudinaria en la que se habrían estado decidiendo cosas importantes para algunas personas. No sé si se discute

sobre la posibilidad de otorgar o no una ‘facultad’ a alguien, o bien si denominan ‘facultad’ al ámbito de la asamblea. También podría designarse a dicho ámbito como ‘universalidad’, o algo similar. En cualquier caso, estamos en una suerte de foro de debate. Por los indicios que el autor deja entrever, los comunistas siempre intentan actuar en las reuniones de personas. Al parecer, su poder maligno –por el que he decidido incluirlo con otros seres mitológicos– consiste en el poder de la palabra, alguna especie de habilidad innata para hipnotizar grandes grupos de gente por intermedio de artilugios verbales, tal vez palabras mágicas. Creo –aún me falta corroborarlo– que el protagonista de la biografía conocía una de las fórmulas mágicas. Dice:

Encima ya me tienen las bolas llenas con esas estúpidas alusiones a la falta de participación. Y dale con lo mismo: “Hay que poner el cuerpo”. ¿Por qué siempre esa muletilla? ¿Qué esperan, que alguien vaya a una asamblea para “poner el cuerpo”? Poner el cuerpo, poner el cuerpo, poner el cuerpo... No, por más que lo repitan no va a pasar nada. Claro, eso lo digo yo, porque a cuántos boludos les entrará eso de “poner el cuerpo”. Se creerán los revolucionarios, los utopistas, los soñadores, los “Sartres”, sólo porque van a “poner el cuerpo”. Por suerte a mí esa frase no me hace mella, me pasa por al lado...

“No hay mucha más información, pero queda claro que debemos prevenirnos contra tales artilugios verbales, que pueden llevar a grandes grupos de personas a someterse al control de seres cuyos objetivos aún desconozco. Quizás debemos prestar más atención a las profesías que hablan de la reconstrucción del Castillo de Hierro en la Plaza Rojilla de San Petrogrado.

“Dos observaciones más para terminar con los comunistas: aún no sé quiénes son dos seres que se mencionan en el documento. ¿Qué es un ‘Sartre’? ¿qué es un ‘boludo’? De todas maneras, creo que resulta evidente que el protagonista del suceso comprende a quién se enfrenta y qué artilugios emplea. Y, por sobre todas las cosas, nos da pistas para detectar a los seres que están entre nosotros”.

EL HÉROE

“Habrán notado que nuestro plebeyo tiene cualidades de verdadero héroe mitológico: es inmune a ciertos encantamientos mágicos, es capaz de detectar geniecillos malignos y está custodiado por un ángel guardián. No habría creído en su existencia si no hubiese tenido este documento completamente auténtico que, al finalizar esta charla, invito a todos los que quieran para que se acerquen a echarle un vistazo, incluso usted, Dr. Contreras.

“Quisiera terminar, entonces, con la lectura de unas líneas en las que, cabalmente, queda demostrado fuera de toda duda el carácter heroico del protagonista de esta biografía. Dice así:

Domingo 1 de septiembre

Era un campo de batalla. Allá, ellos; acá, nosotros. Ellos vestían ropas desaliñadas, toscos uniformes improvisados y escasas armaduras. Nosotros estábamos pulcramente vestidos, correctamente alistados, perfectamente reconocibles, eficazmente protegidos. Pero ellos eran más. Nosotros habíamos tenido bajas a último momento y no había forma de reemplazarlas. Así que la lucha debió empezar así, desigual.

Ellos comenzaron atacándonos, abriéndose por los flancos, intentando eludir nuestra sólida defensa armada con dos líneas bien estructuradas. En su primer intento casi lo consiguen, pero nuestro certero arquero logró desviar lo que parecía la incontrolable roca de una catapulta.

“Nótese el sorprendente detalle: un arquero, equipado tan sólo de un arco y sus flechas, detiene el proyectil de una catapulta. Fantástico, sí, pero tan cierto como el papel del cuaderno donde fue escrito. Prosigo:

La iniciativa quedó entonces para nosotros. Éramos menos, sí, y no podíamos darnos el lujo de atacarlos con mucha gente, porque corríamos el riesgo de quedar expuestos a un contraataque devastador. Por eso apostamos a los tiros por elevación, para ganar la espalda de la retaguardia y llegar a la meta sin que ellos pudieran evitarlo. Lo intentamos así varias veces, pero comprobamos que las dos torres que tenían en el fondo despejaban todas nuestras tentativas. El tiempo fue transcurriendo y las escenas se repetían: choques, roces, heridas, insultos, ellos atacando por los flancos y arrojando proyectiles contra nuestra defensa, y nosotros intentando ganar la espalda de la retaguardia con los tiros por elevación.

De sabios, novios, ángeles, comunistas y otros seres mitológicos

Hasta que, repentinamente, me encontré rodeado de salvajes enemigos dispuestos a amputarme una pierna, destrozar mi nariz, estrujar mis hombros y vaya a saber uno cuántas iniquidades más. Junté coraje y los enfrenté: cuerpeé con uno que se me lanzaba desde la derecha y logré que se alejara; eludí hábilmente a otro que se arrojaba hacia mí con sus afiladas garras de aluminio; luego, me escabullí entre dos que parecían decididos a no dejarme avanzar más; cuando lo hice comprendí que sólo me quedaban por delante las dos torres y por fin estaría frente a nuestra ansiada meta. Así que corrí, corrí como loco, desesperado, traté de rodear las torres y, cuando eso parecía imposible, noté que algunos de mis compañeros se habían abalanzado contra ellas tratando de disuadirlas y alejarlas de mi presencia. Entonces me detuve y entendí que para cumplir con nuestro objetivo debía vencer primero a su temible arquero. Me paré frente a él, lo estudié, traté de sentir sus ojos, su miedo, su peor pesadilla. Y lo hice.

Lo atravesé, excavé un túnel en él, perforé su cuerpo, su orgullo, su alma. Y logré vencer la meta.

Cuando el referí dio por terminada la partida, me sentí el héroe de la jornada.

“Eso es todo, queridos amigos, colegas, estimados señores. Tengan ustedes la amabilidad de acercarse a realizar las consultas que deseen y a estudiar el material que les he ofrecido. Señores, modestamente, a partir de aquí saldrán nuevos y muy ricos saberes. A partir de aquí veremos con otros ojos los textos de mitología. Volveremos a las bibliotecas para encontrar pistas sobre Zeus, Gilgamesh, Elvis, Bilbo Bolsón, el hombre de la Bolsa de Nueva York, el Gigante Asiático, la Virgen de Lourdes, el Rey Pelé, los pitufos, los galácticos, la Atlántida, la tierra de Oz, el Área 51 o California. Aún quedan muchas cosas por averiguar, como por qué las doncellas a veces desean tener novios, o dónde encontrar a los ángeles, o cómo contrarrestar la magia de los comunistas, si existen los fachos o fachas, de quién es el diario, dónde queda San Petrogrado, quién engañó a Roger Rabbit, o qué es un ‘referí’. Pero la ciencia, estimados colegas, nunca se detiene”.

Aplausos.

MONIGOTES

Las primeras explosiones se registraron contra los maniqués animados de los estacionamientos. Se trataban de atentados hacia figuras humanas femeninas, vestidas con ropas provocativas, que agitaban mecánicamente los brazos haciendo flamear una banderita. Apostadas cerca del cordón de la vereda, frente a la entrada de las respectivas playas para automóviles, las muñecas tenían por única función advertir a los conductores de la existencia de un lugar donde parar. Cuatro de ellas fueron salvajemente destrozadas por pequeñas cargas de explosivos colocadas en sus cinturas. Tres de los cuatro atentados ocurrieron al mediodía, sin causar, a pesar de ello, heridos entre los peatones.

Luego siguieron los “monigotes bailarines”. Estos no son sino unas figuras simples y grotescas a la vez, que básicamente se componen de un cilindro mayor de tela del que se desprenden otros dos, a modo de brazos. Activados por ventiladores dispuestos en sus bases, estos espantapájaros se sacuden nerviosamente llamando la atención de los transeúntes. Como buenas joyas del marketing moderno, tienen por finalidad atraer la mirada del paseante al comercio que lo ha depositado sobre la acera. Hasta el momento, tres de ellos han sido sacrificados: a uno le dispararon, destruyendo el ventilador y congelando así su bailoteo; a otro lo prendieron fuego; al último se lo robaron. Todo a plena luz del día.

También fueron víctimas de actos vandálicos otras obras maestras de la publicidad estática urbana: la estatua *molinacampesca* tamaño natural de un gaucho montado en su caballo que adornaba la entrada de una parrilla criolla fue atacada con flechas en llamas desde un auto en movimiento;

un Ronald McDonald de plástico sufrió desintegración parcial a causa del ácido vertido por un sujeto que, luego de vaciar un balde metálico con la sustancia peligrosa sobre el payaso, huyó entre la multitud de la peatonal Lavalle y se perdió de vista.

Antes de que comenzaran las explosiones y los ataques violentos, la tristemente célebre pila de *Energizer* había sido mártir del terrorismo anti-publicitario: una veintena de estos objetos inflables humanizados fueron simplemente pinchados o hurtados de varios kioscos de la Capital Federal y el conurbano. Justo cuando los ataques contra las pilas sonrientes habían comenzado a menguar, la nueva ola de violencia advirtió a la policía y pequeños comerciantes de que comenzaba una era sin precedentes en la historia del terrorismo.

–La violencia engendra violencia –dijo el jefe, o el que parecía el jefe, a los que parecían los soldados–. La violencia simbólica que diariamente emplea el Mercado contra nosotros debe recibir una respuesta violenta.

Y todos aplaudieron.

–Es momento de actuar. Si nos quedamos de brazos cruzados, frente a un televisor que nos dice qué hacer, qué comprar, cómo pagar, el Mercado nos va a dominar y a condenar a la existencia pasiva del consumidor. Yo digo que vayamos contra los símbolos del capitalismo de mercado y la sociedad de consumo. La violencia no es mala palabra, es la reacción de los desprotegidos –sentenció el jefe.

Y todos se regocijaron, y tomaron sus armas y partieron hacia la calle.

Se dividieron en tres grupos de tres militantes cada uno. El primero marchó (falta de creatividad) rumbo a una remisería, donde un monigote danzarín esperaba con frenéticos vaivenes la mano asesina de sus redentores.

El segundo grupo fue más original: en una tienda de comics, en pleno centro de la ciudad, habían colocado sobre la vereda un muñeco “tamaño real” que representaba a un extraterrestre, para promocionar el merchandising de los *X-Files*. El objetivo que los terroristas se habían propuesto era el de devolver el marciano simbólicamente a las estrellas, colocando algún explosivo en su base para hacerlo volar por los aires antes de que cayera en medio de la avenida.

Los del tercer grupo, en cambio, no tenían un plan fijo. Simplemente se subieron a un Fiat 600 y se pusieron a dar vueltas en busca de un objetivo interesante contra el que atizar.

El plan maestro comenzó a funcionar perfectamente. A las 16 horas, un remisero que esperaba clientes en su agencia de Villa del Parque vio acercarse hacia un automóvil de la empresa a dos jóvenes con intenciones dudosas. El auto estaba estacionado justo frente a la remisería. Al lado flameaba el monigote de promoción y los muchachos caminaron hacia él. El remisero (según confió luego a la policía) creyó que los jóvenes planeaban robarle el coche: era una idea descabellada, sí, porque nadie robaría un auto frente a la propia remisería a las cuatro de la tarde. Pero sin embargo daba la impresión de que eso era lo que se proponían. Los muchachos extrajeron de sus bolsillos algo así como navajas de afeitar, cortaplumas suizos y abrecartas. El remisero tomó su pistola, la escondió tras su espalda y se asomó a la puerta.

Mientras tanto, en la avenida de la comiquería, un muchacho se puso a reír del extraterrestre depositado en la acera y la chica que lo acompañaba se acercó a verlo en detalle. Los dueños del negocio, ligeramente ofendidos, no prestaron mucha atención a los impertinentes. Entre tanto, ingresó al ya poblado local un joven de unos veinte años preguntando por un libro europeo que había visto hacía unos veinte días, revolviendo entre el material de descarte, y que recién ahora tenía el dinero para comprar. Los dueños de la tienda se pusieron a registrar furiosos entre la pila de libros (el *comic* europeo tiene poca salida, pero se vende caro) y por un momento no atendieron a nada más.

Dentro del Fiat 600 no reinaba el mejor clima. Pronto comenzarían a perpetrarse los otros dos atentados y ellos estaban con las manos vacías. Observaron detenidamente muchos posibles objetivos, pero nada les terminaba de convencer: o no era muy original, o no había facilidades para encararlo, o simplemente no les caía bien. Entonces vieron un maniquí muy particular, parecido a alguno que ya habían observado en casas de ropa de trabajo y ferreterías. Se trataba de una figura masculina, vestida con un overol o mono de trabajo azul, botas negras y hasta el detalle de una franela asomando del bolsillo. Estaba colocado a la entrada de un lava-autos semiautomático. Sin banderitas, sin movimientos acompasados,

sin bailoteos grotescos, sin rasgos *molinacampescos*. Un maniquí vestido de lavador de autos, rígido, inmóvil, petrificado; eso era todo. Y el tiempo se agotaba...

En el preciso momento en que el remisero se disponía a hacer la elegante e inoportuna pregunta de si “¿Necesitan algo?”, un tercer muchachote se le apareció de la nada ante sus ojos. El remisero, pese al susto, no descubrió su arma. “¿Cuánto me sale a Hurlingham?”, preguntó el muchachote. El chofer miró una vez más a los otros dos, que ahora disimulaban sus armas cortantes, y pensó “Por ahora no van a hacer nada. Me quieren afanar a mí, no al auto”, y se metió en la agencia para consultar el listado de precios.

Los dueños de la comiquería sintieron la explosión y al principio pensaron que se trataba de un choque entre colectivos. La curiosidad fue más que ellos y, por un momento, abandonaron la lucrativa búsqueda del caro ejemplar y se asomaron a la vereda.

El Fiat 600 encaminó su trompa como si fuera a hacer uso del lavadero. De esa manera, el que estaba en el asiento del acompañante quedaba justo al lado del maniquí: colocar una granada en su bolsillo no fue tarea difícil.

Cuando el remisero salió de la agencia preparado para decir el valor de un viaje Villa del Parque-Hurlingham, no sólo descubrió que su posible cliente se había esfumado, sino que también comprobó cómo su monigote danzarín había sido salvajemente mutilado, desmembrado, tajeado por todas partes.

Los dueños de la comiquería vieron aterrizar la cabeza de su *alien* sobre el techo de un automóvil importado que estaba estacionado del otro lado de la avenida. La alarma del auto comenzó a sonar y uno de los comerciantes (el más tonto) se preguntó si el FBI tendría algo que ver con todo ese infortunio.

Una vez hubo colocado la granada en el bolsillo derecho del overol o mono de trabajo del maniquí, el terrorista quitó el seguro. “¿Listo?”, preguntó el conductor. El que puso la granada no respondió. “¡Ey! ¿Listo?”, insistió el que estaba en el asiento trasero del 600. “Me miró”, contestó finalmente el primer terrorista. “¿Qué?”, gritaron los otros dos al unísono. “El maniquí me miró...”, fue su última y enajenada respuesta.

El Fiat 600 aceleró a fondo, quemando gomas a más no poder. La granada estalló segundos después esparciendo sangre y restos humanos por toda la vereda, sin que el pobre empleado del lava-autos se enterase jamás por qué diablos había ocurrido todo aquello.

DESEO EN FALSO

Cierta vez, un hombre arrojó al estanque de los deseos una moneda falsa y pidió un deseo. El deseo se cumplió, pero sólo en apariencia.

EL PUEBLO MALDITO

Un hombre viajó una vez hasta el pueblo de Caseríos de Abajo con la intención de edificar un complejo hotelero para el turismo rural en el vecino poblado de Caseríos de Arriba, abandonado por completo a mediados de los '80.

Al llegar, un anciano de la zona advirtió al hombre: "Aquel pueblo está maldito, no intente hacer negocios allí". El foráneo, gente de ciudad y poco dado a oír habladurías, no hizo caso al anciano y prosiguió con su proyecto.

Las personas de Caseríos de Abajo, respetuosas con las leyendas y molestas por la actitud indiferente del recién llegado, dieron muestras de hostilidad desde el primer momento. Hostigaban a los camiones de materiales y asustaban con historias terroríficas a los obreros que se hospedaban en su pueblo, logrando que algunos de éstos marcharan sin previo aviso.

De ese modo, el foráneo tuvo muchos problemas en la ejecución de la obra y llegó a plantearse el abandonarla por completo. Pero era testarudo y juró que no se dejaría vencer por unos pueblerinos ignorantes y miedosos.

Así fue, hasta que, cuando su complejo estaba a punto de culminarse, un incendio provocado por los detractores del proyecto destruyó el trabajo de meses. Desolado y deprimido, el hombre se quitó la vida.

"Aquel pueblo está maldito, ya lo decía yo...", concluyó el anciano.

ADAPTATIO INCONCLUSIS (O DE CÓMO UNO PUEDE ENAMORARSE Y DESENAMORARSE EN EL SUPERMERCADO)

La Selección Sexual depende no de la lucha por la existencia sino de la lucha entre los machos por la posesión de las hembras; el resultado no es la muerte del competidor fracasado, sino una progenie escasa o nula.

Charles Darwin

La siguiente historia trata de un hombre que se enamoró de una mujer en un supermercado. Se enamoró, lo que se dice enamorarse. Con todos los síntomas físicos (las pulsaciones en aumento, incremento de la tensión nerviosa) y psicológicos (no poder sostenerle la mirada, la sensación de angustia que le provocaba no verla, y también verla y no poder hablarle, o tocarla). Bueno, en fin, por todos esos síntomas que sufre un pobre desgraciado que se ha enamorado.

Pero, ¿qué objeto tiene contar semejante historia? ¿Para qué, qué prueba, qué dice? ¿Debe decir algo? ¿Vale la pena agregar, porque sí, a los miles de historias de amor, una más? Vayamos de a poco.

Es necesario que emprendamos el relato de este cuento por un primer punto: la historia debe decirnos algo, movernos a una reflexión, inspirarnos algún sentimiento, trasladarnos a mundos oníricos, enfrentarnos con la realidad, comunicar una idea, materializar un pensamiento... No existe historia contada que no haga algo de esto. No existe una historia por la historia misma. Hay relatos que se presentan bajo esa apariencia pero que

no logran escapar de su naturaleza metafísica, que va más allá de la anécdota. No existe película sin mensaje. En todo caso, existe alguna que no pretenda dar sermones ni moralejas. Pero indudablemente siempre hay un plus que traspasa del autor, de su cultura, de su mundo de sentido, al pobre imbécil del lector (que probablemente sólo buscaba un relato).

Ahora bien, a partir de este supuesto axiomático podemos dar el siguiente paso: definir por qué vamos a contar la historia que aún no hemos contado.

Me remitiré para ello a una teoría aún en preparación por dos eruditos llamados Vladimiro Marrón y Juan Pedro Soco Urtizberea. Los autores la denominan provisoriamente como “Teoría del Hormiguero”, y parten básicamente de meditar acerca de los niveles de agregación de la materia. Pidiendo disculpas al lector por el atroz reduccionismo en que me veo obligado a incurrir, aclaro que la teoría abarca las más variadas disciplinas que las ciencias (duras, blandas, naturales, sociales, exactas e interpretativas) han puesto a disposición de los hombres con ansias de saber. Vayamos al esqueleto del razonamiento.

Se conoce como niveles de agregación a las sucesivas combinaciones de la materia para conformar unidades cada vez de mayor tamaño y complejidad. Un nivel superior siempre implica uno inferior. No es mi interés reproducir todas las consideraciones que los autores realizan acerca del infinito y la regresión infinita hacia lo pequeño. Partamos de lo que ya conocemos todos con sólo haber ido a la primaria: hay partículas subatómicas que combinadas forman átomos, que combinados forman moléculas, que combinadas forman los organelos de las células y las células, que combinadas forman tejidos, que combinados forman órganos, que combinados forman aparatos y sistemas, que combinados forman individuos, que combinados forman subgrupos, que combinados forman grupos y sociedades, que combinadas constituyen la especie. Nos detenemos aquí. El argumento central del análisis de Marrón y Soco Urtizberea pasa por fijarse en que, cuanto menor es el nivel de agregación, mayor es la estabilidad del funcionamiento de la unidad. No vamos a entrar tampoco en las consecuencias que la física cuántica acarrea para esta concepción. Aceptemos por un momento que esto es así. Vemos sin embargo que, pese a sus dificultades, las unidades mayores logran funcionar a la perfección. O

casi. ¿Cuál es la unidad que en el ser humano no funciona bien para estos autores? La sociedad. El nivel social es, en el humano, hartamente imperfecto. No es para nada asimilable a sociedades como las de las hormigas, por ejemplo, donde cada ser cumple una función y no existen conflictos internos. Al contrario, la sociedad humana carece de distribución de roles naturales (“todos los hombres son iguales...”) y los conflictos por la primacía de unos sobre los otros es la constante (“...pero algunos son más iguales que los otros”). A su vez, la competencia, el individualismo, la posibilidad de sobrevivir aún en la más completa soledad (como Robinson Crusoe), aleja definitivamente al hombre de las hormigas.

Y sin embargo, a pesar de que las sociedades humanas distan de ser un perfecto hormiguero o colmena, y que normalmente los hombres preferirían estar solos y ser amos de sí mismos, se empeñan una y otra vez en construir y mantener sociedades, aglomeraciones de individuos, división del trabajo, Derecho, Justicia, Estado. Existe una permanente tensión entre lo que es propiamente individual y lo que pertenece al orden social y de la especie. Por un lado las libertades y derechos, por el otro las obligaciones y las penas. Por un lado la necesidad de “ser uno mismo” (como tanto le gusta decir a los *new age*), y por el otro la imposición y autoimposición de “trabajos sucios que alguien tiene que hacer”.

Básicamente, éste es el eje del conflicto planteado por los autores. Una primera hipótesis que explicaría la particular situación de la sociedad humana consiste en atribuirle un estado decididamente involucionado en lo referente al nivel de agregación superior. Esto es, las hormigas son más evolucionadas que el hombre porque han llegado a un nivel de agregación superior que funciona de maravillas. El hormiguero es un tipo de unidad nueva, que se reconoce como unidad y cuyas partes (como las células del cuerpo) se necesitan una a la otra; pero, a su vez, el hormiguero es distinto de un organismo individual, pues asegura a la especie mayores posibilidades de subsistencia que si sólo se constituyera de simples individuos.

Sin embargo, el humano no es mera individualidad. Su estado de evolución es intermedio, es decir que está a mitad de camino entre el nivel de organización social propiamente dicho y el de individuo.

Como ocurre con todos los seres vivos, ese ente especial que es la **especie** sólo puede existir a través de los individuos. Cada pobre sujeto siente

en sí su propia necesidad y la de su especie. Su autoconservación le reclama que coma alimentos; la de la especie le reclama que se reproduzca. Ambos llamados se manifiestan de la misma manera: una carencia que provoca sufrimiento y el placer por la satisfacción de la necesidad. Y ambos son cíclicos. La diferencia radica en que la especie puede sacrificar a algunos individuos si ello le garantiza su continuidad, en tanto que ningún individuo está dispuesto a sacrificarse por la especie. Asimismo, la necesidad de reproducción, que muchos psicólogos han circunscripto a la esfera del deseo individual, no es sino todo lo contrario, esto es, la más vívida manifestación de la especie en contra de los propios deseos del individuo. De allí el sufrimiento y el placer: premio y castigo, de otro modo el individuo no actuaría en pos de la especie, ese ente superior. El individuo sólo **piensa** en sí mismo, pero las más de las veces **siente** por la especie.

Bien, hemos llegado a un punto crucial. En más de una oportunidad pude discutir personalmente con los autores acerca de qué es el enamoramiento en la "Teoría del Hormiguero". ¿Mero llamado sexual o interés posesivo de un sujeto? Hemos llegado a un consenso provisorio de que se trata de una adaptación incompleta a la vida social. El sistema de necesidades y satisfacciones, como se ha visto, opera en el individuo en pos de una entidad superior. El nivel de agregación social requiere que los sujetos materialmente dispersos se reúnan y permanezcan juntos. Para ello crea la doble sensación de angustia por la soledad y de alegría por la compañía. La amistad es una de estas adaptaciones, y el amor, otra. Pero ambas son incompletas, esto es, tenemos traiciones, amores no correspondidos, sentimientos que pasan, etcétera, etcétera. Es decir que no se ha llegado a un grado tal de la adaptación que permita la conformación de grupos estables a partir de estas sensaciones. Y el humano, que sólo piensa en sí mismo, tiende a considerar sus aflicciones y felicidades como cosas pertenecientes a su reino interior, al nivel de su "yo mismo". Se inclina por racionalizar su situación como intercambio entre individuos, "dar y recibir" y demás afirmaciones de la poesía barata.

En principio, el amor tal como se nos aparece hoy en día, es una adaptación en desarrollo. Una adaptación inconclusa.

A partir de estas consideraciones entenderemos mejor la necesidad de relatar la historia de uno que se enamoró de otra en un supermercado. Ya

sólo mencionar este resumen de la historia, luego de la exposición que se ha presentado de la “Teoría del Hormiguero”, le hace cobrar sentido.

Vayamos ahora a las preguntas más triviales: ¿Cómo se puede enamorar uno de una persona en un supermercado? No parece el lugar ni el momento apropiado, ni parece verosímil que la palabra que describa la situación sea “enamorado”. Pero nuevamente hemos de vencer los prejuicios habituales y proceder con fina lógica. Contemos la historia desde el principio y dejemos que nuestras neuronas aten cabos con los hechos mismos, a la luz de la “Teoría del Hormiguero”.

Él (llamémoslo Juan) se dio cuenta a las siete de la tarde del lunes que su estómago hacía ruido y la heladera estaba vacía. También comprobó que las cucarachas volvían a ganar posiciones en su milenaria guerra contra el hombre. Estaban por todas partes (y hasta posiblemente eran responsables de la heladera vacía). Juan verificó que el veneno contra todo tipo de artrópodos estaba definitivamente agotado, confirmó que no quería comer otra vez pizza o empanadas, y salió con las últimas reservas monetarias del mes rumbo al supermercado.

Imaginemos a Juan como un soltero, joven (rondando los treinta), desordenado, trabajador y medio romántico al viejo estilo. Era uno de esos tipos que soñaba con imposibles como las hadas, los duendes y la mujer ideal. Se maravillaba con la figura del *Drácula* de Coppola (supongámoslo un muchacho de la era audiovisual, que no leyó el libro original), y más de una vez se imaginó a sí mismo como el vampiro enamorado que ronda solitario por las calles de una ciudad de mortales infelices. Soñaba con esas cosas y lograba sobrevivir a las tediosas tardes de sus cortas vacaciones, cuando no tenía nada mejor que hacer que tomar cerveza bajo un ventilador de techo mirando televisión.

Pensemos en Juan también como un solitario de hecho, más que por elección. Tímido, desaliñado, un poco melancólico, su apariencia decadente lo conminaba a una vida rodeada de pocos amigos y ninguna pareja. Además, su ideal de mujer perfecta lo alejaba otro poco de las relaciones ocasionales, de los amores de verano, de las salidas de una noche. Temía, sobre todas las cosas, enamorarse perdidamente de alguien y ser abandonado. Al menos, en un amor no correspondido conservaba la ilusión.

De modo que Juan marchó al supermercado en busca de alimento y cucarachicida. Nada más y nada menos. Entró por la puerta grande (no hay otra en los supermercados) y comenzó a deambular por las góndolas o estanterías. Recorrió medio autoservicio en busca de los aerosoles, trampas, polvos y demás artilugios que le sirviesen para aniquilar a las criaturitas negras. Luego intentó pensar, sobre la marcha, qué quería comer. Y continuó paseando entre estanterías sin ton ni son.

En uno de esos deambulares, sin proponérselo, vio surgir por detrás de una pila de alimento para perros a una figura humana de radiante belleza. Era una muchacha de unos veintipico de años, cabello castaño ondulado, rostro dulce, mirada verde y apacible, labios rosados y gruesos, cuerpo sencillo y a la vez perfecto. Vestía ropa común: un vaquero azul celeste, un pulóver de lana marrón claro, unas zapatillas negras. Nada estridente ni del otro mundo, pero a Juan le pareció un hada, un elfo. No supo bien si se trataba de sus facciones o de su expresión, pero ese rostro le perforó los ojos, le quemó la vista de tanta hermosura.

Juan empezó a sentirse mal, pero no entendió por qué (nosotros, en cambio, sí lo sabemos). Al principio vinieron unos leves mareos, luego su corazón empezó a latir a toda marcha mientras los pelos se le ponían de punta y las piernas se le aceleraban. La muchacha pasó de largo, sin notar que Juan la seguía con la vista, y luego con los pies. Cualquier observador exterior se habría dado cuenta al instante de que Juan perseguía a la joven. Pero la pobre chica estaba en otra cosa, pensando en la lista que sostenía en la mano derecha y en la calculadora que llevaba en la izquierda. El changuito que empujaba estaba a medio llenar y por lo visto le faltaban bastantes cosas. Juan, en cambio, olvidó su comida y, con los venenos que se le caían de los brazos, sólo tenía ojos para ella.

Era realmente inexplicable (para él, al menos). No podía dejarla ir. Deseaba que se quedase a vivir en el supermercado. Obviamente, no se atrevía a hablarle. Juan sería un poco raro, excéntrico (*freak*, dirían los angloparlantes) pero no era idiota: ¿a quién se le ocurriría parar a una persona en el supermercado para decirle “Disculpáme, pero me acabo de enamorar de vos”? Sólo a un imbécil, lo cual no era (exactamente) el caso.

Así fueron por las heladeras, y Juan la vio elegir el pescado congelado y las hamburguesas, y le pareció que todo lo que hacía ella gozaba de una

gracia especial. Luego la acompañó hasta la verdulería y contempló sus manos delicadas tanteando la fruta, escogiendo las verduras, atando en decorativos moños las bolsas de plástico transparentes. Y la observó con detenimiento controlar el peso exacto de las bandejas de carne y fiambres. Juan estudió cómo ella calculaba los precios y escogía las marcas. Se emocionaba con verla teclear los números en la calculadora. Le pareció que todo lo que ella llevaba debía ser bueno, cual alimento de los dioses. Y la siguió por todos los rincones del negocio, todos ellos.

Juan la siguió y la siguió hasta la cola de la caja. En ese momento él transportaba unas seis cosas, todas ellas venenos, mientras que ella cargaba un carrito que rebalsaba de productos. La caja donde se enfilaron decía "Pago con tarjeta", pero Juan ni lo vio. Como tampoco vio que, dos cajas más allá, no había casi nadie y decía "Máximo 10 unidades". Él estaba allí por y para ella, y llegó a convencerse de que había ido al supermercado sólo para encontrársela.

Llegó el turno de que la muchacha vaciara el carro y no se animó a ayudarla, como hubiese querido. La vio llenar una orden de envío y no quiso leer ni el teléfono ni la dirección. Se sentía el invasor de la intimidad de aquella bella y pura criatura que no tenía cabida en el reino de su inmundada vida.

Cuando ella terminó de pagar, Juan quiso salir tras sus pasos hasta que la dura realidad se le puso enfrente.

La dura realidad era un agente de seguridad que le preguntaba si se creía vivo o qué cosa. Juan tardó en recuperar la conciencia del tiempo y el espacio hasta que, cuando finalmente lo hizo, creyó que todos los momentos anteriores habían sido una ilusión. Era difícil de explicárselo al agente y a la supervisora, de modo que prefirió inventar alguna mentirita y pagar sus cuentas como un buen cristiano. Cuando llegó a su casa recordó que no había comprado la comida.

Pero ya no tenía hambre. Su memoria revolvía una y otra vez el recuerdo idílico de la muchacha del supermercado. Recordó hasta su sedosa voz, que apenas pudo oír cuando ella le habló a la cajera. En esos instantes de ensueño, una cucaracha cruzó por enfrente de su vista en más de una oportunidad, y si hubiese querido podría haber organizado una fiesta multitudinaria en el salón. Porque Juan estaba en otra galaxia. Pensaba en

el rostro de la joven, en sus ojos, en sus manos. Esa noche no pudo dormir, y comenzó a sentirse un desgraciado. “Juan Desdicha”, se autoproclamó, y elaboró teorías acerca del por qué de su soledad.

Esa chica tan bonita del supermercado ignoró su existencia, parecía vivir tranquila en un mundo feliz donde él era absolutamente prescindible. Entonces la diosa Razón hizo su entrada triunfal. Juan comenzó a procesar todo en la licuadora del raciocinio (de dudosa lógica), y desmenuzó cada componente de la realidad en un puré uniforme. Porque eso es lo que hace la razón: machaca todo dejándolo como una masa homogénea que no sirve para nada pero al menos tranquiliza a su consumidor: en la uniformidad no se esconden sorpresas.

Pues bien, su razonamiento tranquilizador fue el siguiente: “Yo, Juan, vivo solo. Me gusta estar solo porque soy dueño de mi vida y mis tiempos. Estar enamorado significa querer compartir cada instante con ella. Y yo quiero ser lo que a mí se me dé la gana, y hacer lo que quiera cuando quiera. Pero, aún si compartiera cierto tiempo con ella, no sé qué haría. ¿Llevarla al cine, a comer? No, no sé si le interesa. A mí no me interesa hacer lo que hacen todos. Yo tengo que hacer lo que siento. Por mí, yo estaría diez horas sentado viéndola ser. Pero para que se fije en mí tengo que recurrir a las técnicas de seducción. Y yo no quiero. Además, si es una mujer que responde a las técnicas de seducción, no me interesa. Porque quiere decir que no conoce lo que es estar enamorada. Si una mujer tiene noviecitos que la sedujeron siguiendo el manual, para mí no existe. Tampoco quiero que se me quede mirando diez horas a mí. Pero sí que aprecie mi compañía, que la pase bien conmigo. Y esta chica del supermercado, ¿será una de esas mujeres? No sé, tengo que lidiar contra mis deseos. Tenía una lista y una calculadora. Por ahí es obediente, sumisa, cuadrada, una fría contadora. O tal vez detesta esos aparatos y esos listados, y desearía que alguien la liberase de su carga... Pero me ignoró. Pero era tan linda... Mirá, Juan, si le interesaras te habría mirado de reojo, aunque sea. Pero por ahí yo no me hice ver... Nada, tengo que dejar de pensar en ella. Seguramente no la voy a ver más. Aparte, ¿cómo me puedo enamorar de alguien en un vistazo? No existe el amor a primera vista, eso es de los cuentos. Debe ser mi soledad, que me hace pensar en pavadas. Vamos a dormir, tengo que ignorarla...”.

Al comenzar la mañana, Juan pudo dormir unas horas. En ellas soñó con la joven diciéndole algo, con ellos paseando por un parque muy felices de la vida y algunas otras escenas que robó de comedias románticas, a las que le agregó el rostro de su amada. Cuando se levantó y se dio cuenta de que todo lo vivido en el sueño era ficción, lo invadió una terrible pesadumbre que arrastró durante todo el día. En el trabajo logró disimularlo bien, pero ante sus amigos, cuando salieron a tomar unas cervezas al atardecer, tuvo que mentir y decir que se sentía cansado porque tenía unas goteras que lo volvían loco, y las cucarachas que no se morían, y los gatos del vecino que maullaban toda la noche, y las radios a todo volumen, y las alarmas de los autos, y...

Al culminar la jornada, en vez de volver a su casa, ¿adónde fue Juan en primer lugar? Al supermercado. Todavía no tenía un peso, pero entró igual. Dio vueltas como un loco durante cerca de tres horas y la muchacha no apareció. Se fue sin comprar nada, completamente desilusionado, sin idea de cuánto valía un kilo de arroz.

Esa noche y el día siguiente fueron similares a los anteriores. Se despertó descorazonado luego de un sueño idílico, y al atardecer reincidió yendo al supermercado, con la esperanza de que ella se hubiese olvidado algo en las compras del mes. Y así otro día y otra noche. Una rutina calcada.

El de seguridad del supermercado comenzó a sospechar que Juan fuese un ladrón que venía a estudiar el terreno, y el repositor se preguntaba si este pibe había perdido fe en la estabilidad de la moneda o qué cosa le pasaba. Hasta que por fin, cinco días y media hora después de iniciada la rutina, la muchacha se hizo presente.

Estaba allí, radiante como la primera vez. Sólo que diferente. Juan estalló en una súbita alegría, pero pronto algo lo incomodó. Había algo en torno a ella que la hacía ver distinta, distante. Algo que la envolvía en una niebla oscura, venenosa; algo que no encajaba.

Ese algo era, como cualquiera podía prever, un hombre. El tipo era un cuarentón que bien podría haber sido el padre de la joven, pero que, a juzgar por los besitos y los mimitos, no cabía duda de que era su pareja. Entraron ambos sonrientes, haciendo bromas, muy felices. Juan los siguió un rato con la mente en blanco. Era un *zombie* flotando pesadamente entre latas de tomate y paquetes de fideos. Los acompañó por su recorrido y

vio cómo el hombre elegía cuidadosamente un vino caro, y también un licor exótico, y más tarde unos dulces y algunas especias. Mientras, ella lo sujetaba del brazo, le hacía recomendaciones, le murmuraba cosas al oído y sonreía con sus dientes blancos a la vista de su hombre. Y Juan simplemente miró lo que ocurría, y en determinado momento sus piernas se detuvieron, no quisieron seguir más. Los vio alejarse y luego desaparecieron de su campo visual ocultándose tras el alimento para perros. Juan permaneció cerca de cinco minutos quieto, con cara de nada y con un leve zumbido en el cerebro que denotaba nula actividad neuronal. Y de repente sobrevino una extraña revelación.

Juan sintió, inexplicablemente, alivio. Sí señores, alivio es la palabra que describe los sentimientos de Juan en ese preciso instante. Sus músculos se aflojaron, el corazón se normalizó, un poderoso torrente químico de tranquilidad recorrió sus venas y se esparció en sus tejidos. Y aliviado como estaba, Juan retomó su vida casi en el momento en que vio a la joven por primera vez: compró la comida para esa noche.

Mientras iba de regreso a su casa, Juan pensó en lo que acababa de suceder, y su razón dio nuevamente una explicación (débil) a lo acaecido: “En última instancia, ¿qué es lo que quiere un enamorado?”, se dijo, “la felicidad de la amada. Y si ella es feliz, yo me tengo que sentir bien”. Y con esa excusa justificó su incomprensible tranquilidad.

En realidad, no estaba bien que un romántico al viejo estilo resignara el amor de su vida en manos de otro, pero eso era lo que inevitablemente había sucedido. Juan dejó de preocuparse por ella y lentamente olvidó su rostro, y ya el recuerdo de sus manos no le transmitían la misma delicadeza que antes.

Al día siguiente exterminó a la última cucaracha que, hasta una nueva oleada, habría de poblar su casa. Luego disfrutó de su soledad como otra vez había podido: era domingo, no tenía que ir a trabajar y miró televisión. Escuchó los partidos de la fecha por radio y a la noche se alquiló una buena película de acción en el videoclub, que vio mientras comía una pizza grande rellena con cebolla. Y después se fue a dormir y soñó con muy pocas cosas durante largas ocho horas.

LA CHAQUETA ESTABA MUY CARA

*Learning that we' re only
immortals for a limited time*
Dreamline - Rush

9:36 AM

-¿Viste?

-¿Qué?

-¡La mina, boludo!

-No, ¿qué mina?

-¡La que pasó recién! ¡¿No la viste?!

-No...

Miguel Reyes caminó despacio por los pasillos del subterráneo, escondiéndose hasta de su sombra, buscando la oscuridad, evitando miradas. Recorrió el sendero de un extremo al otro, hasta que encontró un andén, no importa cuál. Desde un afiche en la pared, un famoso desconocido le sonreía invitándolo a consumir alguna cosa. Miguel hundió su nariz en la bufanda: incluso esos ojos de papel lo incomodaban.

11:45 AM

-¿Y loco?

-Qué.

-Que qué hacemo'.

-Y, vamo' a laburar...

-¡No podemos' todavía!

-Y bué, ¿qué queré' que le haga?

Miguel se ocultó en esos vagones añejos, inundados de una lúgubre luminosidad, amarillentos y amarronados, somnolientos. Había mucha gente, demasiada como para que él resaltara. Se bajó en una estación con andén al medio. Esperó unos minutos en el kiosco de revistas y luego se subió al tren que se dirigía en sentido contrario.

2:04 PM

-Loco, tengo el orto cuadrado de estar sentado acá.

-Y paráte, entonce'.

-¿Porqué no te parará' vo'?

-Porque yo no soy el pelotudo que se está quejando.

-¡Andá a cagar...!

-...

Tenía hambre. Se paró delante de uno de esos grandes sucuchos que minan el acceso a las salidas y pidió una bolsita de "chipacitos". Cuando tomó el subte que iba para Catedral se arrepintió de esa decisión, que sin embargo tuvo algo de bueno. Desgracia con suerte, que le dicen. La hora que pasó con fuertes dolores intestinales encerrado en el baño fue un gran alivio para Miguel, quien durante ese tiempo no tuvo que preocuparse por ocultarse en otro sitio.

5:32 PM

-Che, hace frío, ¿no?

-Sí, ¿por qué mejor no no' vamo' al solcito, allá enfrente?

-¿Irá a venir este pelotudo?

-Qué sé yo, siempre hacen lo mismo...

-Bué, dale, vamo' enfrente.

-Dale.

El policía lo miraba. Durante su corto turno ya lo había visto pasar cuatro o cinco veces por esa misma estación, del lado de acá o del lado de allá. Miguel mostraba una ostensible actitud furtiva. Pero el agente estaba en un buen día y no iba a arruinarlo. Así que, sin mencionar palabra ni mediar gesto alguno, lo dejó ir en libertad, con destino a la estación Carlos Pellegrini.

7:12 PM

-A la final, loco, no' perdimo' todo el día güeveando acá al pedo...

-Yo si lo veo lo cago a trompada', seboludo...

-¿Y ahora qué hacemos'?

-Y, ya no podemos' hacer nada el laburo, así que... qué se yo, no' vamo'...

-¿Te parece? ¿Adónde?

-Eh... Esperemo' un cacho má'...

Miguel, con cada minuto que pasaba, estaba más asustado. Sabía que en algún instante iba a poder dejar de ocultarse, pero en ese momento tenía miedo y no sabía de quién. Llegó a Boedo, dio media vuelta y emprendió el regreso a Bolívar.

10:54 PM

-No, che, éste no va a venir...

-¿Pero qué le pasó a ese forro? Dijimo' a las seis acá y todavía no vino.

-Qué chabón... ¿cómo se dice? irremputable, icorresponsable... ¡cagador!

-Macho, si vo' decí' una hora, es pa' lgo. ¿Vos viniste? No, no viniste.

-Sí, nabo, ¿no ves que estoy acá?

-¡No me jodáaa...!

A esa hora de la noche el subterráneo lucía igual que en pleno mediodía, que en un día de sol o que en la más londinense de las lluvias. Después de haber estado la mayor parte del día recorriendo la monótona variedad de lugares que tiene la red de trenes más deprimida del país, Miguel pensó que era un buen momento para sacar la cabeza a la superficie.

12:07 AM

-Me está agarrando un apoliye que ni te cuento...

-Dormí, yo me fijo si viene...

-Zzzzzzz.....

-¡¡¡Uh, mirá, ahí viene!!!

-¡¡¿Dónde?!!

-Era una joda, seguí durmiendo.

Miguel iba despacito y por la sombra, aunque de noche todo es sombra, excepto donde hay luz. O sea que es como el día pero distinto, porque en el día todo es luz, excepto donde hay sombra. En una vidriera vendían “chaqueta de jean” a setenta y cinco pesos, “short de baño” a treinta pesos, “calzoncillo boxer” a veinticinco pesos y una “T-shirt” a veinte. Miguel decidió que no volvería a ese negocio cuando estuviese abierto, y caminó por Corrientes alejándose de la 9 de julio.

3:23 AM

–Tá’ buena la luna...

–Msé...

–Qué pelado que está acá a la noche...

–Sí, no hay ni un travesti pa’ mirar, no hay.

–Má qué decí’. ¡Si habría un travesti yo ni lo miro, enfermo de la cabeza!

–E’ una forma de decir...

A Miguel le extrañaba ver a la ciudad tan desguarnecida de gente. “Buenos Aires nocturno: el poblado despoblado”, pensó para sí, como poniéndole un título a ese microcentro muerto de vida. Los ocho millones de personas que la transitan durante las horas de luz se habían simplemente esfumado. Pésimo título.

5:36 AM

–A ver, traé el diario pa’ acá.

–Dejá que quiero ver lo del O.V.N.I.

–Siempre con esa’ güevada, vo’. Tomá el fasciculito este.

–Fijáte si dice lo de coso para esta noche. ¿Cómo e’ el mejicano ese?

–¿Qué, el boseador? Ehhhh.... Acá está. Cháve’. Seguí con los “OSNI”.

–O.V.N.I., plato espacial no identificado, gil...

Mientras comenzaba a aumentar la presencia humana en la estación de Palermo, Miguel compró un diario cualquiera, en lo posible del exterior. Luego se subió al tren que cruzó raudo el puente sobre Santa Fé y aceleró rumbo a Retiro, su próximo destino.

6:00 AM

-*Buenasss...*

-¡¡Al fin, hijo de puta!!

-¡¿Qué carajo te pasó?!

-*¿No son las seis?*

-Sí, pero de hoy.

-No me digá' que te pensaste que era hoy...

-*¿No me dijeron el sábado a las seis?*

-Sí.

-Sí, el sábado a la sei'.

-*Y bueno, hoy es sábado y son las seis. ¿Ustedes desde cuándo están acá?*

-Dejá, no sigamo discutiendo porque sino te vamo' a caga' trompada'.

-Eso, hagamo' lo que vinimo' a hacer.

Los dos asesinos transportaron a Miguel Reyes hasta un galpón de trenes abandonado y le pegaron tres tiros.

BELLEZA

El Periódico. Sábado 12 de julio de 2003

Libros / Lanzamientos

DE LA NATURALEZA INTERESADA DE LA BELLEZA

(Hipótesis no falseada)

Juan Contreras

(...)

La publicación del reciente libro de Rodolfo Martínez Aranda, catedrático en Sociología de la Universidad Complutada de Madrid, revela aspectos importantes del comportamiento humano que, a la vez que polémicos, traducen verdades silenciosas en hipótesis científicas.

El trabajo, titulado *Mundo de quimeras*, incluye un interesante capítulo que ha dado en llamar provocativamente “La belleza de los *pijos*” [*pijo* es el término con el que los españoles designan coloquialmente a los miembros de las clases media-alta y alta; el equivalente rioplatense es “*cheto*” o “*concheto*”]. En él se expone una de las tesis más arriesgadas y conflictivas de todo el volumen, a la vez que pone de manifiesto los más bajos instintos humanos: según Martínez Aranda, “existe una mayor probabilidad de encontrar personas bellas entre las clases altas y medias-altas; ello no se debe tanto a razones étnicas, a la buena alimentación, o al dinero y tiempo invertidos en el cuidado del cuerpo, sino al mero comportamiento rastreo e interesado de las clases inferiores”.

Precisamente, la idea de Martínez Aranda, que ya ha hecho estallar en España una polémica que ha comenzado a cruzar el Atlántico, puede esquematizarse de la siguiente manera: la belleza, en principio, es azarosa y puede tocarle al más rico ciudadano ario como al último paria de la India; sin embargo, atraídos por el dinero, los ejemplares bellos de las clases bajas (en todas aquellas sociedades en que les sea permitido) intentarán contraer enlace con los miembros de las clases pudientes, ofreciendo a cambio de las riquezas el único capital del que disponen: su apariencia física. Así, con el tiempo, el grupo de “los ricos” va depurándose de feos y reclutando genes bellos, por lo que la unión entre pudientes también da como resultado hijos hermosos.

Las respuestas no tardaron en hacerse oír. Gonzalo Huerta del Pozo, experto en medicina genética, arremete contra las tesis de Martínez Aranda: “Aún no se han identificado genes vinculados con la belleza, por lo que no es posible afirmar que se impongan a otros genes de fealdad”. Josep Puyol, psicólogo y asesor externo del Proyecto Genoma Humano, no descarta del todo la veracidad de los polémicos argumentos, aunque matiza sentenciando que “lo de Martínez Aranda es apenas una intuición inteligente. No obstante, ya era hora de desenmascarar el comercio de belleza por dinero: enhorabuena a él por eso”.

Marcelo Giacometti, sociólogo argentino de la Universidad de Buenos Aires, se opone totalmente a las explicaciones de su colega español: “Ni siquiera está tan claro que haya más proporción de personas hermosas entre la clase dominante; y si así fuera, habría de buscarse la explicación en las eternas desigualdades del capitalismo, ya sean éstas desigualdades económicas, culturales o estéticas”. El psicoanalista Daniel Goldemberg, en cambio, adhiere por completo a los postulados de Martínez Aranda y aporta elementos: “El rico feo logra imponerse al pobre feo rodeándose de símbolos sexuales materialistas como automóviles, relojes o prendas de vestir, lo que incrementa las posibilidades de activar pulsiones en el sexo opuesto (o en el mismo sexo, según sea el caso); no es sólo el interés por el dinero, sino también el dinero como factor erótico lo que promueve la unión de pobres hermosos/as con los ricos”.

Fuera de los círculos intelectuales, “La belleza de los *pijos*” ha provocado reacciones aún más diversas. El Sindicato de Trabajadores de la Moda (SINMODA), por ejemplo, ha emitido un comunicado por el que “rechaza en todos sus términos las acusaciones de que belleza e intereses materiales van de la mano” y que “las personas bellas no son sólo una cara bonita sino, ante todo, seres humanos”. Por su parte, la Federación de Enanos y la Asociación de Fenómenos de Feria han alertado en contra de la vinculación entre fealdad y pobreza que pudiera derivarse de los dichos de Martínez Aranda, agregando como nota curiosa que “muchos de entre nosotros han nacido en las mejores familias de todo el mundo”. El líder de los fenómenos de feria, Pedro J. Rodríguez, fue más allá y contó entre risas: “Aunque algunos de los nuestros tienen sus buenas fortunas y herencias garantizadas, no hay forma de casarlos”.

Desde las ONGs que luchan contra la discriminación, por su parte, ya se han tomado medidas. La plataforma “¡Igualdad total!” ha promovido un boicot contra la obra de Martínez Aranda por considerar que “falsea la realidad, se motiva en prejuicios y fomenta la discriminación”. La polémica está servida. Ahora, como comentan los partidarios de “La belleza...”, es hora de que cada uno se lance al trabajo de campo.

Mundo de quimeras (2003, Pagadiós). 446 páginas. 17,59 pesos.

INTELECTUAL

*Espero que la humanidad no me
recuerde como un «intelectual».*

Espero que no me recuerde.

Vladimiro Marrón

PRESENTACIÓN

Los periodistas son miembros de una profesión que no existe. Ya su nombre lo indica: “periodista” es el que escribe o habla “periódicamente”. Por lo tanto, si cabe, su profesión es la de escritor y/o la de orador. Estarían en pie de igualdad, entonces, con los novelistas, los ensayistas, los locutores y los políticos.

No obstante, hay quienes hacen un alarde del “oficio” y de la “vocación”. ¿Dónde está la clave? En la noticia. El periodista escribe o cuenta periódicamente *noticias*. Pero, ¿contar noticias constantemente es una vocación? No lo parece.

Primero, porque toda la humanidad vive contando noticias, la mayoría sin cobrar un centavo por ello. Las abuelas cuentan noticias a las otras abuelas que van al mercado, y las maestras comunican noticias a sus alumnos, y los vecinos del segundo cuentan noticias sobre los del tercero a los del cuarto, y cualquiera que crea saber algo en exclusiva no duda en transmitírselo a alguien más.

Segundo, porque las vocaciones de los periodistas son bien otras: algunos tendrán vocación de poder y querrán emplear su tribuna para ejercer algún control sobre la audiencia; otros tendrán vocación de chismosos, de entrometidos (son éstos los que saben más que lo que cuentan); la verda-

dera vocación de algunos será la de literatos, y harán de una pelea entre marginales todo un relato policial (se los suele reconocer por su escaso talento); habrá quienes tengan vocación de parroquiano, de cliente de bar, de disertante de café (esos harán de cuanta oportunidad tengan delante una buena ocasión para abrir un debate estéril, inconducente, inútil). Y los hay más.

EL INTELLECTUAL-MEDIADOR

En una ocasión, viajaba yo en avión rumbo a un encuentro de trabajo. Unos asientos más adelante había reunido un grupo de periodistas. Algunos eran veteranos; otros, principiantes. Los más jóvenes son un caso perdido, porque han estudiado “carreras” universitarias que los han titulado como “Periodistas” (con mayúsculas). Sabe Dios qué les enseñan en esas carreras. La cuestión es que ellos salen convencidos de que están al servicio de la noticia y de que la vida es una sucesión de noticias.

Los veteranos los usan; los viejos son más conscientes de que la noticia importa un rábano, lo único que importa es lo que se hace con ella, lo que se consigue diciéndola o callándola, o contándola de una manera o la otra. Pero se aprovechan de los jóvenes titulados y los convencen para que consigan noticias a cualquier precio; los hacen trabajar por migajas (para que aprendan el oficio, les dicen) y luego emplean el material obtenido en provecho propio.

Todos los periodistas, empero, tienen algo que los distingue como raza. Fue así que los detecté rápidamente. Cuando conversan, puede notarse en el aire una amigable enemistad, un compañerismo competitivo. Risas de compromiso, frases con doble sentido, ni si, ni no, sino todo lo contrario. Tratan de sacarse información unos a otros sin dar nada a cambio. Todos saben más que el otro cuando les conviene y, cuando no, son unos completos ignorantes.

Si recuerdo ahora al grupo de trabajadores de la noticia es por un hecho puntual, anecdótico; una frase dicha al pasar a la que siguió una mirada:

–Los periodistas somos “intelectuales-mediadores” –dijo una voz púber.

Obviamente, sólo un joven recién salido de la escuela de Periodismo (así, con mayúscula) pudo ser capaz de emplear esas palabras (y, lo que es peor, decirlas con convicción). “Intelectuales-mediadores”. El jovencito,

supuse, opinaba que los periodistas eran personas que usaban el intelecto (intelectuales, o sea) y que mediaban (hacían de puente, de mensajero, de enlace, de traductor) entre dos entidades (verbigracia: los verdaderos intelectuales y la chusma).

Me gustó ver la cara que puso uno de los “viejos”, quien sólo con los ojos dijo “Ahora sí que lo escuché todo”. Claro, el tipo se había pasado toda la vida siendo una rata molesta, un escritor de pacotilla, un mal necesario, un amarillista, un entrometido, un inescrupuloso, un cotilla, un inmoral, una escoria... y ahora venía a descubrir, por boca de un principiante, que en realidad era un “intelectual-mediador”. Se trataba de un verdadero ascenso sin escalas, del infierno al cielo en tan sólo dos palabras. La mirada del viejo periodista alternaba entre la risa, la rabia y la incredulidad. No habló, creo que no sabía por dónde empezar. Pero sus ojos ya lo habían dicho todo.

En aquella ocasión pensé en levantarme de mi asiento, caminar hacia el grupo, dar una palmada de consuelo al periodista veterano, y arrojar luego al jovenzuelo por la salida de emergencia, en pleno vuelo. Y creo que varios pensaron lo mismo que yo. Por suerte nadie lo hizo, pues el destino me tenía reservado un nuevo encuentro con aquel chico.

EL ESCRITOR DE NOVELAS

Fue en la presentación de un libro, varios meses después. El jovencito, obviamente, iba en representación del suplemento cultural de su diario (que le pagaría menos que un salario mínimo y lo haría cubrir todos los actos en horarios ridículos, fines de semana y festivos, especialmente si estaban organizados por personas e instituciones de poca monta o de escaso interés). Yo, en esa ocasión, estaba de paso. Un amigo, que trabajaba en el gran almacén donde tenía lugar el evento, me había invitado a tomar unas cervezas y me pidió que lo esperase, que se había retrasado con unos papeles, y que recorriera un poco para distraerme. Así fue que, dando vueltas sin ton ni son, llegué a la sala apenas antes de que comenzara el acto.

El libro que presentaban era una novela (y yo me pregunto: ¿se escribe otra cosa, hoy en día?), que llevaba un título de esos olvidables: algo así como *La soledad en los campos de trigo*, o *Anteayer Juliana*, o *Apariciones en el*

crepúsculo, títulos que no dicen nada ni antes ni después de leer la obra. El autor me pareció un idiota a la legua: tenía cara de idiota, vestía como un idiota, hablaba como un idiota, se movía como un idiota, escribía como idiota, titulaba como idiota. Podríamos decir que, a simple vista, era el tipo ideal del idiota. Por desgracia he olvidado también su nombre. Pero lo reconocería fácil: debe ser un nombre idiota.

La novela (esto sí lo recuerdo) era una novela histórica. Trataba acerca de un enigma que involucraba unas piezas de arte del barroco (o algo así), que una suerte de proto-periodista del siglo XVIII intentaba resolver. Además de estar plagada de anacronismos, la noveleja pecaba de repetición. Los personajes eran los mismos que los de cientos de novelas, el argumento era igual de predecible y el final parecía una estafa premeditada. Estaba condenada a ser un *best-seller*.

La cuestión es que aquel periodista joven le preguntó a mi querido escritor idiota:

—¿Cómo se refleja el rol de “intelectual-mediador” del periodista en su novela?

Definitivamente, todo lo que el jovencito había aprendido en la academia se resumía en esas dos palabras unidas por un guión. El escritor, cara de piedra, contestó a la pregunta con su mejor gesto de circunspección:

(Para leer esta cita hace falta imaginarse una buena voz de idiota, digna de uno de estos escritores *best-sellers* con aires de erudición; su acento me era indescifrable, pero podía llegar a ser rioplatense, argentino o uruguayo).

—Euhh... Qué buena pregunta... Bueno, este... yo creo que en mi novela se ve claramente cómo el protagonista está en una... eh... en una suerte de cornisa, caminando entre el mundo culto... ¿verdad? y las necesidades de información de las clases medias; está siempre al borde de caer hacia uno u otro lado, ¿verdad? Eh... Puede o bien participar del saber culto, o bien caer en la noticia en bruto. Y es ése equilibrio el que yo intenté reflejar en la novela, ¿verdad? Este... Es un personaje que constituye una bisagra entre los dos mundos, y que simboliza también el pasaje del mundo oscurantista de la Edad Media a la sociedad de la información que tenemos hoy en día, que encuentra su exasperación en la informática y en internet.

“¿Todo eso entra en 200 paginitas?”, pensé yo mientras ojeaba de reojo el ejemplar que leía una ancianita sentada junto a mí.

El escritor había contestado cualquier cosa, lo primero que se le vino a la cabeza. Seguramente, en la novela no había indicios de ninguna bisagra, ni cornisa, ni cosa por el estilo. Estaba inventando sobre la marcha, para quedar bien. En ese sentido, no era *tan* idiota, porque al menos podía darse el lujo de improvisar.

(Confesión: En aquel momento, no obstante, sentí una ligera envidia hacia ese escritor. “Ojalá yo pudiera publicar algo a lo que titular *Sonata de verano sobre Valle Alegre*”, pensé. Me imaginé por un momento sentado en ese estrado, con mi libro en un pequeño atril, con cara de intelectual, vestido con una polera de cuello alto, negra, un saco beige, un par de gafas pequeñas y redondas, sin montura, y un reloj dorado brillando en mi muñeca izquierda. Y pensé: “Qué bueno sería escribir un relato de fórmula y luego dedicarse a contestar cualquier sandez en muchas ruedas de prensa, firmar ejemplares, visitar programas de radio y televisión, y luego cobrar”. La perspectiva, confieso, me atrajo).

CAFÉ BORGEANO

A partir de aquel instante, sentí una especie de revelación. Tenía que ser escritor, tenía que ocupar ese asiento en el estrado para contestar preguntas estúpidas de periodistas principiantes; quería acceder al fabuloso mundo del suplemento cultural, de las fotografías con pose de pensador, a ese ambiente de recepciones, de premios literarios, de colaboraciones en el periódico. Sí, quería ser también un intelectual-mediador, un medio-intelectual, un escritor periódico, un periodista de escritura, lo que fuera.

Así fue que, un buen día, me encontré en medio de una reunión de escritores, o algo así. Ya se sabe cómo es esto: cualquiera que haya logrado hilar tres palabras seguidas sobre una hoja de papel se cree un Escritor, con toda la pompa y el aire místico-creativo que ello implica. En el sentido estricto de la palabra (“el que escribe”) lo es, sin duda; pero también lo es el oficinista que rellena formularios, o mi esposa cuando escribe la lista de compras, o el que pinta un *grafitti*, o mi hijo de cinco años cuando me regala un dibujo y garabatea “PAPÁ”; o, por qué no, el ordenador cuando imprime un reporte de errores fatales.

En fin, no nos detengamos en tecnicismos. Supongamos, por un momento, que eran “escritores”. En aquella reunión había unos siete u ocho

de ellos (incluyéndome). Algunos eran fracasados (o en vías de fracaso), que habían sido rechazados en muchas editoriales y que nunca habían obtenido siquiera una mención en aquellos concursos de los que habían participado; sin embargo, se vanagloriaban de su supuesta erudición, de su obra, de sus influencias y hasta de sus discípulos (algunos de los que se sentaban en aquella mesa).

Otros, en cambio, hacían alarde de su completa ignorancia. Porque, como algunos ya sabrán, queda bien en ciertos círculos intelectuales hacerse pasar por completos ignorantes, ensimismados que realizan su “búsqueda personal”, existencial, en solitario, que rompen con la tradición, que cuanto más alejados del “mundillo cultural”, mejor. Mientras decían todo eso, no obstante, dejaban entrever que soñaban con una entrevista en el suplemento cultural de los sábados, para hacerse famosos en todo el “mundillo cultural”.

La edad media del grupo no superaba los 30 ó 35 años. Yo era el mayor de todos, pero el último en sumarse a la tertulia. Eso generaba una confusa mezcla de respeto y paternalismo hacia mi persona, pues era novato y veterano a la vez.

Como suele ocurrir, en este círculo de escritores había mayoría masculina (dos mujeres contra cinco o seis hombres). No se trata de que las mujeres escriban menos, o de que tengan menos talento. No, nada de eso. Las mujeres se sienten discriminadas y prefieren evitar estos encuentros, o juntarse sólo con otras chicas. Y tienen razón. En estas reuniones literarias tuve la oportunidad de conocer a muchos varones que aplaudían poemas y relatos horripilantes cuyo único mérito consistía en haber sido escritos por mujeres; estos hombres aspiraban, como es evidente, a congraciarse con las damiselas mediante el elogio. Nunca les daba resultado, pero por su culpa tuve que soportar un indecible tormento de palabras en boca de féminas envalentonadas.

Volvamos a la reunión. Estábamos, como no podía ser de otra manera, en un café con “ambiente literario”. Sí, de esos que cuelgan retratos de filósofos y grandes autores en las paredes, que adornan algún rincón con una biblioteca (cargada de ediciones baratas cuya fecha de publicación más reciente corresponde al año 1975), que hacen sonar como suave música de fondo un disco de Aute, o de Silvio Rodríguez, o de algún célebre

intérprete de *jazz*, o la banda sonora de *Amélie*. En estos locales sirven cosas como “café Joyce”, o “té Dickens”, o “croissants Dumas”. No dejan de ser, respectivamente, el café irlandés de toda la vida, o un té con masitas, o unas medialunas. Pero ya se sabe, lo importante está en el concepto. Y en el precio.

El establecimiento tenía nombre de novela (no recuerdo si “Rayuela”, o “1984”, o “Demián”, o “Fausto”, o “Ulises”, o “Frankenstein”), era algo pequeño y los fines de semana se llenaba de sujetos con ínfulas de artistas, vestidos con atuendos *hippie*, con multicolores sombreros rastafari o negras boinas al estilo *Che* Guevara, o bien con trajes oscuros y sobrios, minimalistas. En ningún caso podían faltar las lentes, incluso de baja graduación: un buen par de anteojos siempre da un aire más “intelectual” a su portador. Nunca salgas de casa sin ellos.

Todos estaban allí para pasar el rato, pero solían darse conversaciones sobre escuelas artísticas, movimientos de vanguardia, de retaguardia, sobre la Bauhaus y el deconstructivismo, sobre Marx y Friedman, sobre la globalización y el imperialismo, sobre formas de comunicación alternativas y éxitos comerciales. (También se hablaba mucho de fútbol, de bebidas alcohólicas, de mujeres, de hombres, del mejor sitio para comprar porros, de fiestas paganas, de alguna serie de televisión, de Gran Hermano –no tanto el de Orwell y mucho más el de Endemol–, de las revistas del corazón y del perro del vecino; pero la divulgación de estas conversaciones puede restar prestigio al local).

Y además solía ir gente como nosotros, que aspirábamos a conformar una suerte de grupo estable de creación literaria, que quizás algún día alcanzaría la fama y la fortuna, y que sería recordado en la posteridad como el movimiento artístico “Grupo del café no-me-acuerdo-cómo-se-llamaba”. Cada semana, preferentemente el sábado a la tarde, tomábamos posesión de la misma mesa, nos sentábamos, pedíamos brebajes con nombres de escritores y finalmente nos leíamos unos a otros: poemas, cuentos, fragmentos de novela, citas de diarios personales, e incluso algún “hallazgo” bibliográfico que alguien hubiese rescatado en alguna librería de saldos.

Yo había llegado allí porque un amigo de un amigo, consciente de mi nueva vocación de escritor, me dijo que había cierta gente que se juntaba y etcétera, y tal y cual. “Así se empieza”, me dijo. “¿O acaso Borges y Cor-

tázar no integraron el *Grupo Florida*?”. Pues bien, me dije, qué perdemos con probar. No estaba muy convencido de ir, ni sabía a ciencia cierta para qué podía servir todo aquello, si es que verdaderamente podía servir para algo. Pero me enganché.

(Confesión 2: Vamos a aclarar las cosas. La verdad es que yo estaba en ese grupo, al igual que los otros, porque simplemente había hilado tres palabras juntas. Intenté convencerme de que asistía a las reuniones para demostrarme a mí mismo que era superior a todos esos mediocres que simulaban “hacer literatura” semana tras semana, que yo era un verdadero escritor. La realidad es que no me caían bien, pero necesitaba que reconocieran mi superioridad, que me veneraran. Estaba allí sentado tratando de obtener algún reconocimiento para mis escritos, aunque fuese la aprobación de pobres y pésimos escritores. Buscaba un público que aplaudiera y me llenara el ego una vez por semana).

Todas las veces era lo mismo: llegaba temprano, me acomodaba en la mesa, pedía un “café Baudelaire” (café con leche y tres medialunas de grasa) y ojeaba (u hojeaba) la revista *Intelecto*, que editaba el Centro Cultural Alternativo “Juan José Saer”. Luego llegaba uno, y después otro, y después otro, y conversábamos del tiempo, de la noticia del día, de la guerra de allá lejos. Cuando estábamos todos, leíamos por turnos y en voz alta lo que habíamos llevado para la ocasión. Yo esperaba ansioso mi turno y, luego de los elogios de rigor, me aburría como un hongo hasta que todos terminaban. Después de los aplausos, estaba feliz. Cuando empezaban las parrafadas de mis compañeros, pensaba: “No vengo más”.

EL SUEÑO DE LA EDITORIAL PROPIA

Recuerdo que, aquel día, en los instantes previos a la lectura, en mi mesa se había armado una discusión sobre si Borges sí, o si Borges no. Era un tema recurrente. En la discusión escuché muchas cosas, tales como que “Borges era un gorila (un conservador anti-peronista)”, o que “No hay nada más maravilloso que los laberintos borgeanos”. Lugares comunes. La discusión, como toda charla de café, acabó en la nada, porque un tema llevó a otro y pronto todos estuvieron dialogando sobre cosas distintas. Que si Borges publicaba porque tenía amigos influyentes, que si hubiera sido mal escritor no lo habrían publicado, que si las

editoriales van sobre seguro, que si publican sólo a los amigos, que si a los consagrados, que si hay cazatalentos, que si los concursos están arreglados, que si...

Mientras me pedía una “tostada Goethe” (pan tostado con mermelada de frambuesa), surgió el asunto de la literatura como negocio. Todos ellos (“escritores inéditos”, según se hacían llamar) criticaron duramente la política de las grandes editoriales, las que acaparan el mercado, y se quejaron de la “falta de oportunidades”.

“Somos un vivero cultural, un ejército de reserva”, decían dos de los muchachos, para referirse a la gran cantidad de personas que escribían tres palabras seguidas y que circulaban por allí esperando su turno para ingresar al gran mundo de la edición. Todos, en seguida, se identificaron con ese colectivo de desgraciados, mendigos de la cultura. “¿Y el arte qué? ¿Y la cultura? ¿Acaso sólo importa el negocio? ¿Lo importante es el dinero o lo que tenemos para decir?” (El camarero que me trajo la tostada parecía pensar: “Visto que tienen tan poco para decir...”).

No sé bien cómo, de repente, se produjo un milagro. Alguien dijo que si seguían esperando la gran chance, lo más probable era que acabaran trabajando en un local de comida rápida. ¡Y todos estuvieron de acuerdo! Además, alguno cayó en la cuenta de que no se podía estar en contra del mercantilismo editorial y, a su vez, aguardar la posibilidad de publicar en las grandes casas editoras. Había que tomar las riendas de sus propios destinos e iniciar una revolución cultural.

Decidieron, entonces, que debían agruparse y formar ellos mismos su propia editorial, una editorial “independiente”, alternativa, una editorial que diera oportunidad a los nóveles escritores como ellos (es decir, a ellos). Sentí de pronto que los invadía el espíritu de los años '70, y que los poseía, y que los dejaba como a la niña de *El Exorcista*, lanzando insultos al mercado y llamando a la rebelión contra el orden establecido.

En ese momento no les comenté lo que pensaba de ellos y de su idea: era una estupidez que acabaría en la nada. Yo no veía cómo una editorial “independiente” iba a cumplir mi sueño de presentar por todo el país mi futuro libro *Lingotes de claridad arquimédica*. Pero me limité a asentir. Ajá, muy interesante. Claro, claro. Eso, independiente. Sí, sí, alternativo, innovador. Tenés razón, la puerta abierta a todos. Afuera con el mercantilismo.

No vendamos nuestra dignidad, claro que no. Primero el arte y después el dinero. Aunque sea a pérdida, eso es, hay que sacar esto adelante...

O sea, me integré al proyecto por ósmosis. No creía en él, pero, ¿qué otra cosa podía hacer en mi situación? Podía decirles lo que pensaba, aunque ¿y si la cosa funcionaba (por obra de otro milagro)? Quizás podía esperar algún provecho personal. Quizás fuera la primera línea de mi curriculum como intelectual-mediador...

El proyecto se inició sin ton ni son, sin ideas claras, sin verdadero entusiasmo (ya se sabe: el envío dura lo que tarda la idea en pasar del cerebro a la boca y de allí al éter). En las sucesivas reuniones, los “escritores” pasaban más horas seleccionando los materiales que pensaban publicar cuando todo estuviera montado, que pensando cómo iban a hacer de la editorial una empresa viable. Yo los miraba, los dejaba divagar, y cada tanto realizaba preguntas materialistas y molestas para sus oídos de creadores: “¿Y ya tienen en vista alguna imprenta?”, “¿Y quién se encarga de la distribución? ¿Y de la difusión?”, “¿De dónde sacamos el capital inicial?”.

Mis compañeros de viaje siguieron habitando sus nubes rosas y se concentraron en buscarle un nombre a la editorial. Pensé que tal cosa equivalía a poner el título a un cuento que aún no estaba escrito. Daba igual.

No viví en mucho tiempo una experiencia más desopilante que el *brainstorming* para bautizar a nuestra editorial alternativa. Se trataba de hallar una combinación original, creativa, significativa, que definiera en pocas palabras el espíritu de la empresa: “Imaginarte”, dijo uno; “Indeditores”, soltó otro (quiso combinar, sin éxito, “editores” e “independientes”...); a una de las chicas se le escapó (prefiero creer que sin querer) “Café Borgeano Editores”. No voy a seguir enumerando la lista (larga lista, es increíble el tiempo que se invierte en una sandez como ésta), porque ya alcanza con esas pequeñas muestras y con ver la decisión final para darse una idea de lo que fue el resto. (Bueno, sí, podría agregar a la enumeración “Menelao Producciones”, “Libros De-Mentes”, “Cafediciones”, “Me aburro”, “Algo”, “Opopo”, y “Ediciones Trasnochadas”). La elección final fue “Alternarte Joveditores”. Juro que no es broma.

Dada la sofisticación del nombre, me veo obligado a desmenuzar su sentido. “Alter” viene de “alternativo”, es decir, “otra opción”. Y “arte”

viene de “arte”, es decir, “arte”. Juntas, las dos partículas forman “Alternarte”, o sea, “arte alternativo”. Pero aquí no termina el asunto: “Joveditores” es también la suma de dos vocablos. “Jóvenes”, por un lado, y “editores”, por el otro. En conclusión, nuestra editorial se trataba de jóvenes editores de arte alternativo. Creo que no podríamos haberlo hecho peor.

(Confesión 3: Fui yo, el mismo que escribe estas líneas, el que soltó bromeando “alternarte”, en voz casi inaudible, como diciendo cualquier cosa al pasar. Debí saber que iban a tomarme en serio. Me respetaban, y bastaba que yo dijera algo, cualquier cosa, para que ese algo cobrara cierto *status* de cosa bien dicha, o atinada, o qué sé yo. Para estos jóvenes, cualquier idiotez dicha por una persona mayor parecía estar cubierta de un halo de seriedad, de meditación. Así, fue fácil meter cuña y contribuir a arruinar el nombre de la editorial. Del “joveditores” no puedo responsabilizarme. Es demasiado).

NIDO DE VÍBORAS

Pasó un tiempo y el proyecto se pinchó; cada uno estaba muy en sus actividades como para dedicarle algo de tiempo a su “eterna pasión”, a su “utopía”, al sueño de toda una vida. Es así, las cosas importantes siempre quedan para después, siempre hay una banalidad que hacer primero. Supe que uno de los muchachos estaba organizando una banda de rock; que otro había dejado la facultad y le escatimaba dinero a su padre para irse de mochilero por Europa; que el más jovencito estaba trabajando 18 horas por día para comprarse un *Chevy* usado; y que una de las chicas se había puesto de novia, se había quedado embarazada y estaba a punto de casarse por iglesia con toda la pompa. Y que no se había dignado a invitarme.

Creo que extrañé más mi “café Baudelaire” que aquellas reuniones.

Un día me encontré con la otra mujer de aquel contubernio literario y le pregunté sobre la editorial. “¿Qué tal *Alternarte Joveditores?*”. Para qué lo habré hecho. Comenzó a contarme una serie interminable de historias íntimas, al mejor estilo de las telenovelas venezolanas, con dimes y directes, intrigas y traiciones, harpías y mentirosos, etcétera y etcétera. Que si Fulano quería adueñarse de todo, que si Mengano le llenaba el balero, que

si Perengano no ponía voluntad, que si Pepita quería echar a Pepito... Uf, aquello fue demasiado para mí.

Luego conjeturé que la chica me había contado todo eso para que yo interviniese en el asunto de alguna manera (no olvidar que, al menos para ellos, yo era un ser respetable). Sin embargo, vi como empalidecía su rostro cuando le dije: “¡Qué lástima! *Era* un lindo proyecto”. Sí, sobreactué un poco y remarqué “*era*” para que se diera cuenta de que, por lo que a mí tocaba, el asunto estaba muerto. Y claro, después de todas las cosas que me había contado, la mujer no podía insinuar que la editorial aún fuese rescata-ble. Según su versión de los hechos, el entero grupo era un nido de víboras ponzoñosas y egoístas que se sacaban los ojos entre sí: ¿qué podía salir de ahí si no veneno y más veneno? Con esa gente ya no podía hacerse nada.

En ese sencillo acto, en una frase, con una palabra, yo firmé la defunción de “Alternarte Joveditores”. Snif.

(Confesión 4: Para ser sinceros, sentí un poco de pena. Pero la editorial había nacido para morir sin pena ni gloria. La mujer había exagerado la historia, me imagino, pero el núcleo debía de ser cierto: el envión se frenaba día a día, y todos preferían seguir con la queja eterna, con la denuncia de “falta de oportunidades”, a empujar su propio proyecto. Todos anhelaban publicar en las grandes editoriales y salir entrevistados en el suplemento cultural del sábado. Todos, incluido yo).

Algún tiempo después volví a reunirme con mis viejos colegas escritores fracasados (y con mi “tostada Goethe”, y mis “croissants Voltaire”). Como es de suponer, ninguna de las peleas de telenovela eran visibles, y todos se sonreían y se saludaban como grandes amigos. “Siempre me acuerdo de tu cuento aquél...”, le decía uno al otro, o “Qué bueno ese poema, me lo tenés que pasar”, o “¿Cómo que no seguiste escribiendo, si tenías unas ideas re-buenas?”. Bah, parecían periodistas.

Durante el encuentro hubo un pacto tácito por el que los tertulianos se comprometieron a no mencionar dos palabras, el nombre propio de una empresa que jamás existió. Cada uno contó sus miserias, sus grandes proyectos (un buen modo de disimular que había algo más importante que una editorial independiente) y luego pasaron a las acostumbradas charlas literarias, con café borgeano de por medio.

Cuál no fue mi sorpresa al ver que todos habían contribuido a cumplir una vieja predicción: excepto un solo caso, cada uno tenía su ejemplar de la novela sobre el proto-periodista-mediador-barroco del escritor idiota. (O algo así). Todos habían contribuido a convertir ese libro en un *best-seller*.

Ocuparon dos horas en análisis e interpretaciones rebuscadas sobre el sentido del libro, repitiendo citas como cotorras. Recuerdo (aproximadamente) una:

“Sobrevino la tragedia, el crepúsculo de los días. No podía sobrellevar más el peso de la traición sobre sus espaldas. El Arte había muerto”.

Definitivamente muerto. Muerto y enterrado. Después de tamaña idiotez, qué mejor para el Arte que pasar a la otra vida, viajar al más allá, lejos de estos energúmenos. Pero a ellos les gustaba cómo sonaba “El Arte había muerto”, les permitía decir que era “nietzscheano”, como el “Dios ha muerto” de Zaratustra.

Pero aquí no concluye la historia. Hubo incluso quien osó hablar del rol del “intelectual-mediador” que ocupaba el periodista, como una “bisagra” entre el saber culto y la noticia, y bla, bla, bla... Sospeché que había estado leyendo el suplemento cultural donde escribía mi amigo, el joven periodista de academia.

Creo que la charla se consumió como mi tostada, deshaciéndose de a poco. Un montón de palabras de elogio para el escritor idiota, su pieza de arte menor, predicciones sobre la carrera que le aguardaba, alguna acusación de plagio y/u “homenaje”, y el tema se agotó. Desde entonces no los volví a ver nunca más.

“R”

El escritor se sentó ante la máquina de escribir, cargó el papel, posó sus dedos sobre las teclas y se sintió dispuesto a narrar. De inmediato lo invadió el miedo, pero no el famoso temor a la hoja en blanco: a él siempre le surgía algo. Es más, tenía cierta probada habilidad para empezar a escribir cualquier cosa de cualquier manera, con un débil plan en la cabeza, y cambiar sobre la marcha hacia otra idea que le gustara más, sin que ello perjudicara en lo más mínimo su relato. Su oficio era escribir, y él escribía: obras excelentes, cuentos sutiles, historias novedosas, tramas complicadas; a veces simplemente tecleaba una caterva de palabras que a él le parecían desagradables, pero que publicaba como las demás. No sentía ningún tipo de límite ético respecto de su obra, no era de esos que jamás podrían permitir la publicación de una pieza a la que ellos mismos calificasen como “horrible”; al contrario, en el fondo pensaba que siempre habría alguien a quien le iba a agradar lo que narraba. Y fin de la historia.

Pero ese día, el escritor estaba dispuesto a crear algo *original*, tenía ganas de decir algo realmente nuevo, algo que no se hubiese dicho ya. Él sabía que la gran mayoría de las historias no eran sino repetición de otras similares: y no por un plagio malintencionado de los autores, sino porque la literatura se inspiraba en la vida misma de los miserables humanos que, a pesar de su fe ciega en una historia y un progreso dinámicos y evolutivos, no hacían más que vivir una y otra vez lo mismo.

En definitiva, el escritor sentía miedo, pero no el que deriva de la falta de inspiración, sino el que surge de la falta de originalidad.

Tuvo muy pronto delante de sí dos problemas: primero, que para ser original había que conocer todo lo ya hecho, único medio para asegurarse de no estar repitiendo nada; segundo, que no debía dejarse influir por todo lo anterior, había de evitar que se colase una mínima pizca de aquello que no tenía que copiar. Empresa difícil, ya que tanto más se conoce, tanto más se tiende a repetir. El doble problema introdujo al escritor en una trabazón insuperable. No tenía inconvenientes morales en hacer más de lo mismo, nunca lo tuvo, pero no era lo que él quería para ese día.

Luego de unos minutos, la hoja seguía allí, pacientemente acomodada entre los rodillos de la máquina, esperando las marcas de tinta. El escritor permanecía en la misma posición que antes, las manos dispuestas a arrancar, los ojos clavados en el centro de su aparato, la mente en blanco.

No podía buscar inspiración en ningún lado, a menos que supiera que se trataba de una situación nueva. De otro modo, se trataba a lo sumo de dar vueltas de tuerca, plantear otros puntos de vista o retocar a su gusto aquello en lo que se había inspirado. Y aunque normalmente aceptaba estas técnicas como válidas, en esta ocasión actuaban en desmedro de sus objetivos.

Y el tiempo siguió transcurriendo.

De pronto, el dedo índice de la mano izquierda se movió sin que nadie lo ordenara y, dado que el azar lo había puesto encima de ella, apretó la tecla "r". El botón accionó el mecanismo y la letra se estampó en el papel. El escritor contempló el solitario carácter sobre la página y luego torció su vista hacia ese dedo rebelde que parecía actuar por cuenta propia. El dígito, ajeno a toda cavilación, se asemejaba a una herramienta inerte apoyada sobre las teclas a la espera de una nueva orden. El escritor se miraba entonces las manos, esperando la siguiente movida que nunca llegó.

Al cabo de una hora, sólo había una "r" sobre el papel. El escritor, con movimientos de sonámbulo, se puso de pie, caminó hasta la heladera, se sirvió un vaso de jugo, lo tomó, enjuagó el vaso, caminó hasta su cama y se echó a dormir. Soñó con su madre retándolo como a un chico por alguna travesura infantil; también con el asado de su padre, con sus abuelos, hasta que finalmente despertó. Se dijo a sí mismo que ni los sueños eran originales.

Se sentó a los pies de la cama y el escritor creyó estar de pronto con la respuesta a su dilema: lo original sólo puede estar en el origen, es la esencia del origen, y no tiene nada que ver con dar origen a alguna cosa. Una historia original sólo será aquella nacida en el comienzo de los días, y el resto tan sólo repetición. Se tranquilizó. Aceptó la respuesta por buena, como si la hubiese oído de otro, como si ya no le importara el asunto, y marchó a sentarse frente a su máquina de escribir. Quitó el papel con la letra solitaria y cargó una hoja nueva.

Escribió mucho, todo tipo de historias, una tras la otra, diferentes entre sí, alocadas, prediseñadas, buenas, malas, aburridas, entretenidas, solemnes, chabacanas, profundas, banales, de esas y de las otras. Ninguna original, claro está.

El escritor, que en verdad no fumaba, encendió un cigarrillo, miró el humo brotar por unos segundos y luego lo apagó. Observó nuevamente la hoja con la "r", la colocó otra vez en la máquina y, con una sonrisa en los labios, tipeó:

FIN

CONVICCIÓN

El explorador británico sir William Foreword afirmaba que, muchos años antes de que hubiese existido el primer ser humano (incluso más, el primer homínido), una raza de criaturas civilizadas había poblado el planeta Tierra. Según Foreword, la erosión, los animales, el pillaje y la profanación, las glaciaciones y, en general, el paso del tiempo habían suprimido cualquier rastro de la existencia de tales criaturas. No obstante, afirmaba, en algún recóndito paraje debía quedar un resto intacto, a salvo de las inclemencias del tiempo y de la acción de hombres y bestias.

De modo que, con la intención de encontrar el último vestigio de la civilización olvidada, emprendió su postrera y colosal expedición.

Sin pistas, comenzó por recorrer los desiertos y las inmensas tierras vírgenes que, creía, aún no había pisado hombre alguno. Sus viajes resultaban infructuosos, pero Foreword no desesperaba; al contrario, creía que la ausencia de pruebas corroboraba su teoría de que sólo en *ese* lugar aislado e inmarcesible perduraría la última huella de la raza perdida.

La empresa le llevó los treinta y siete años finales de su vida, sin resultado alguno. Murió al despeñarse en una cima al norte de las Montañas Rocosas. Sus actuales discípulos buscan aún, aunque ahora en las profundidades del océano.

CRÓNICA DESORDENADA DE UNO DE A CABALLO¹

En la cual se face relación de los sucesos que tuvieron lugar en las tierras de los sapotecas y ranatecas, y de lo quel esforzado caballero don Fernán Cabeza de Burro debió facer para procurar oro y evangelizar a la indiada.

*“Ha llegáu el fin del mundo”
Un aborígen mexicano
en La tierra es redonda y no tiene fin*

DE CÓMO SE ME OCURRIÓ DESCRIBIR ESTAS CRÓNICAS

Estando yo, don Ratero García Márquez, fijo del muy caballero señor don Estafador Parejo García y doña Enriqueta Macaya Márquez, ya en España, entereme de que todos los que habían andado por las tierras de la Nueva España, currándo hallábanse con sus historias de Indias y decidí no ser pelafustán y para facer competencia de aquellos que habían escrito sin haber estado² para arruinarles la partida, de que yo sé la verdad de las luchas en esas tierras sucedidas, y de que muerto de hambre me hallo por gracia del muy despreciable y malísimo, insolente e inoperante gobernador de la villa pobre de la Aloacruz, que mandónos a todos a los retretes en cuanto del’oro le procuramos. E porque cuando en futuro se agarraren con los esforzados españoles que dimos Dios a los indios, quiero dejar la siguiente relación para quedar bien parado.

1. *Caballo* o *cabayo*, aparecen indistintamente a lo largo del texto. También el conector *y* se intercambia azarosamente con el *e*, y las *s*, *c* y *z* mutan con asombrosa facilidad; por último, las reglas de acentuación de determinadas palabras son harto arbitrarias (N. del E.).

2. Se sabe que el autor mantenía una grave disputa con don Gonzalo de Apurúa Mentiregui, famoso fabulador que aseguraba haber llegado a América en 1491, y que exigía por lo tanto el título de “Adelantado”.

DE CÓMO EL VALEROSO DON FERNÁN CABEZA DE BURRO EMBARCOSE A TIERRA DINDIOS

En el año de mil e quinientos e diez y siete, el muy católico caballero de las tierras de Valdemonga del Páramo, el esforzadísimo señor mío don Fernán Cabeza de Burro, llamado fue por el gobernador de la isla de Cuba, don Fidel Castro del Bloqueo³, para que cogiese hombres y fundara villa en tierra dindios, donde la plata y l'oro abundaba, y también de los papagayos y cotorras y cacatúas se los juntaba de a montones. Don Fernán contestole que no se hacía pueblo *cogiendo*^{4,5} hombres sino mujeres, y el gobernador encolerizóse y reprochóle ignorancia y lo hizo azotar y embarcolo en un navío. Llevaba diez de a caballo, entre quienes hallábase el muy humilde señor que estas relaciones escribe, y cincuenta de pié y quinientos peones e zarpamos con viento a favor a la tierra de los indios donde esperaba en la villa de la Aloecruz el muy despreciable y malísimo, insolente e inoperante gobernador, Cristóbal Garquetta, que de gracia era italiano y de nada era español, y de que había comprado la villa al rey para facer condominio a tiempo compartido en la playa del Mar de los Caribe. Cuando a la villa llegamos, el muy atorrante gobernador ordenóle a su tropa de incendiar los barcos en los que habíamos llegado para evitar que fuyéramos, y díjole a don Fernán de presentarse en su casa para hablar de negocios, así que lo acompañamos dos de a caballo pero sin el cabayo así que parecíamos de la peonada porque nos mostrábamos muy de alcahuetes de mi señor, el esforzado don Fernán Cabeza de Burro.

(...)

3. Caballero español que expulsó a los ingleses de la isla de Cuba, donde funcionaba una de las redes de bares, tugurios y casas de apuestas más famosas entre piratas y corsarios. También conocido por su poca inclinación a abandonar su cargo y sostener encendidas disputas con sus detractores (N. del E.).

4. Es probable que Don Fernán Cabeza de Burro empleara el término "coger" en el sentido que los colonizadores españoles extenderían más tarde por el Río de la Plata, donde designa alguna forma de relación afectiva entre adultos, por lo común entre hombres y mujeres (N. del T.).

5. La nota precedente es de dudosa validez moral y científica (N. del Censor).

DE CÓMO CRISTÓBAL GARQUETTA CONVENCIO A MI SEÑOR DE NO FUNDAR VILLA Y DE BUSCAR DE L'ORO Y DE MATAR MUCHOS INDIOS

Ya en la finca del muy marrano señor de la villa pobre de la Aloacruz, convidolo a mi señor y a todos los que de la reunión participábamos, de unos frutos raros de la nueva tierra que comimos de agrado, y de los que había naranjas, y rojos y amarillos y kiwi de Nueva Zelandia con una muy rara inscripción que narraba así: "Made in Chile". Aquí el gobernador Cristóbal Garquetta ofrecióle a mi exelentísimo señor de no fundar villa como le encomendara el gobernador de Cuba, don Fidel Castro del Bloqueo, e de que cogiese hombres diligentes a buscar oro en donde los sapotecas y los ranatecas, e que tuviere a buen cuidar de que de ser posible vendiera a los indios espejitos de colores que su amigo Cristóbal Colombo⁶ habíale regalado, porque había facido un estudio muy detallado de márketing, e sabía que los indios eran de comprar cualquier baratija, e que si no *emplazáramos*⁷ a la indiada hasta que los muy herejes compraran. Don Fernán contestole que no entendía porqué debía coger hombres para buscar oro y Cristóbal Garquetta encolerizóse y reprochóle ignorancia, y explicóle de nuevo su malísima idea.

El muy esforzadísimo caballero, gallardo señor mío de inmarcesible valor e coraje, don Fernán Cabeza de Burro, no destacábase por su inteligencia, presisamente, sino más bien que era un tanto lento, e no tardó en aceptar tal ofensiva oferta por buena e de ser señor pasó a ser vasallo. Mas como fieles a mi señor que éramos, e porque no podíamos rajar pues del gobernador las tropas nos seguirían para facernos daño, o los indios nos comerían si baratijas no les vendiéramos, seguimos a mi señor a la ciudad de los ranatecas que ellos llamaban Tztctochitctzl⁸ y que contaba con cincuenta y mil gentes e un rey muy poderoso al que llamaban Muctezuma y una reina a la que llamaban Mucterrezta, que era fermana deste e que tenían un fijo al que daba igual cómo lo llamaran porque de sordera padecía éste.

6. O Cristóforo Colón (N. del T.).

7. En el original parece leerse "*empaláramos* a la indiada", pero es poco factible que los civilizadores de América emplearan métodos tan transilvanos (N. del Censor).

8. En otros textos, la ciudad aparece mencionada como Tztpchctochtipthctzl, pero se cree que se refieren a la ciudad de Thzl, cuya existencia está en duda, aunque hay arqueólogos que afirman tener pruebas certeras e indudables de que quizás pudo haber existido, o no (N. del E.).

DE CÓMO FUIMOS RECIBIDOS E DE LO QUE HABÍA EN LA CIUDAD DE Tztctochticztl

E cuando por fin llegamos a Tztctochticztl salieron a nuestro encuentro dos indios mientras el resto fuyó por miedo de los cabayos: el uno traía a la sazón una vestimenta de finísima tela e que brillaba y tenía el color del mar azul y tenía una franja muy ancha horinzontal de oro que uno de la peonada quiso robar e que éste fue matado por aquél y don Fernán aprobó a l'indio, que facíase llamar *Blasyunta*; el otro traía vestimenta blanca e muy fina también y cruzábale el cuerpo una banda roja, por lo que mi señorísimo pensó que se trataba del alcalde, e que facíase llamar *Gallinaimara*. Como veníamos con las pijas⁹ colgando sobre nuestros hombros por la larga y difícil travesía y porque no teníamos mujeres para remendar la situación, corrieron solícitos y lleváronnos a once de nosotros a una casa muy grande y enseñáronnos una ropas similares a las del primero destos e invitaron a ponérmolas. Como buen panegirista, mi señor alabó mucho y muy largamente el gesto de los indios y ofrecióle de las baratijas que cargaba la peonada, pero los indios empujáronnos a todos a un prado donde facían un juego de pelota muy raro en que había sendos arcos semicirculares a donde unos vestidos como alcaldes con ropas blancas y bandas rojas empujaban con el pié unas naranjas y don Fernán dijo que era muy bonito juego e de que había que llevarlo a España e que había que facer los arcos cuadrados a la manera de nosotros. Jugamos hasta la tarde y perdimos veinte y uno a cero e nos querían sacrificar a los dioses la indiada que vestía como nosotros y miraba el partido detrás del arco. Pero entonces apareció el muy ridículo Muctezuma y la Mucterrezta y el fijo que era igual a los padres e invitónos a ver el mercado.

Allí había puestos con plumas de aves muchas y muy raras, y cueros y frutas naranjas, y vasijas decoradas con figuras de colores, e también muchos granos e insectos, e piezas de metales muy brillantes [...] ¹⁰ y lustradores de muebles y CDs de música y videos y cuchillos Ginsu y automóviles deportivos.

9. Ropa hecha jirones (N. del Censor).

10. Este fragmento del texto se extravió, lamentablemente, durante la edición del presente libro. Se sabe, no obstante, que se trataba de un pasaje de unas treinta y siete páginas en las que el autor desarrollaba detalladamente todos y cada uno de los productos del Mercado de Tztctochticztl. Era una de las enumeraciones más completas jamás realizadas sobre las ciudades de los nativos americanos, más que las de Bernal Díaz del Castillo o Hernán Cortés (N. del E.).

Mi muy señor mío ofrecióle las baratijas a Muctezuma y Mucterreza y éstos mostraron al niño y éste fizo señas de que daba igual. Entonces el rey fizo instalar un puesto al que llamaban *txiringhito* en el Mercado y confinó a don Fernán y a los que lo seguíamos a vender de las muchas baratijas allí.

(...)

DE CÓMO VOLVIMOS A LA VILLA POBRE DE LA ALOECRUZ Y EL DESGRACIADO DE GARQUETTA FIZO ENCERRAR A DON FERNÁN

Luego de un bienio e sin haber juntado un duro porque nadie entendió el inextricable sistema monetario de los indios, acabamos muy confundidos y fundidos, y mi señor dijo de que nos habían estafado y quiso dar paliza a la indiada, como prometiera a Garquetta. E fizo llamar a Muctezuma y este vino con el fijo y con unos muy principales con las bandas rojas y preguntó qué pasaba, y don Fernán contestóle que le iba a dar paliza e que si no le daban l'oro iba a arrasar la ciudad. El fijo mirólo fijo y me dí cuenta de que era bizco, e dijo que papá Muctezuma tenía razón e de que don Fernán no era dios sino una imitación barata. Entonces aparecieron muchos indios muy armados y atacaron con virulencia el puesto y luego dos indios vinieron y fablaron con don Fernán. El primero pidióle número de identificación fiscal y el segundo los libros de contabilidad, e como no teníamos nos dieron una paliza y nos echaron de Tztctochicztl. Pero como los indios facían las flechas con punta d'oro y recibimos muy muchas d'ellas, las había abundantes en los heridos e pudimos llevar oro a casa.

Llegamos a la villa pobre de la Aloacruz y mi señor pidió audiencia con Garquetta e le hicieron esperar porque hallábase fablando con Fernán Cortés, fundador de la villa rica de la Veracruz, porque iban a firmar convenio para explotar juntos las plantas medicinales de los indios e le iban a poner el nombre de las dos ciudades: Aloacruz Veracruz. Cuando por fin pudo hablar, don Fernán Cabeza de Burro confesole la historia a Crsitóbal Garquetta y este lo fizo encerrar por inoperante y nosotros fuímos o fuimos devueltos a España sin una flecha (de oro).

DE LO QUE OCURRIÓ FINALMENTE A DON FERNÁN CABEZA DE BURRO

Dicen los cronistas que don Fidel Castro del Bloqueo estaba patitieso cuando supo de lo que a don Fernán ocurrido habíale. E fizo llamar a su alcahuetl que estaba comiendo cacahuatl y encomendole de rescatar a don Fernán, y luego se tomó un chocolatl. Pero para el alcahuetl la inani-
dad del asunto lo fizo desistir de realizar el esfuerzo, así que encomendóle a otro que ficiese el trabajo y se fue a jugar *bowling* con el cráneo de un he-
reje. E del otro se fue hasta la villa pobre de la Aloacruz, mas como había comprado una semana de tiempo compartido en el condominio no se qui-
zo arriesgar a pelear con Garquetta e se quedó a pasar vacaciones. E como no lo venían a rescatar, mi señor empezó a escindir el piso del calabozo a partir de la grieta que allí había y fizo un agujero en el piso muy profundo e salió en China y conquistó y evangelizó y fundó villa. Pero como dicen en la patria del muy señor nuestro, Su Majestad don Carlos V de Espania, Carlos I de Alemaña, *Aber das ist eine andere Geschichte*¹¹.

11. Existen dos posibles traducciones de esta expresión del bávaro antiguo: “Pero eso es otra historia” o bien “Pero andá a otro con ese chiste” (N. del T.).

Este libro se acabó de editar en
Señales de Humo,
el 15 de enero de 2010

